



Universidad de Valparaíso

Facultad de Humanidades y Educación

Instituto de Historia y Ciencias Sociales.

“Abandono del marxismo en Chile: La renovación ideológica - teórica del Partido Socialista desde la construcción del Allendismo hasta los gobiernos de la Concertación (1958-2000)”

Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia y título profesional de Profesor de Enseñanza Media en Historia y Ciencias sociales.

Profesor Guía: Francisco Vergara Edwards.

Profesor Informante: Claudio Pérez Silva.

Autor: Víctor Espinoza López.

A mi familia por darme la fuerza, a mis docentes por el conocimiento y a todos aquellos entregados a esta noble tarea por la inspiración.

Índice:

1. Introducción.....	P.6
2. Capítulo I: <i>Nociones previas al estudio</i>.....	P.9
Marco Teórico.....	P.9
Marco Conceptual.....	P.16
Marco Metodológico.....	P.21
Hipótesis y Objetivos.....	P.22
3. Capítulo II: <i>Consideraciones previas: la construcción de una vía anticapitalista y el triunfo del allendismo (1958-1970)</i>.....	P.24
Fragmentación: Fundación del MIR y de USOPO.....	P.24
Reformulación de la orgánica del partido y formación de la UP.....	P.26
1958, el año de la visión allendista.....	P.28
El largo proceso de la explotación cuprífera y la importancia de esta en el Gobierno Popular.....	P.31
Nociones del gobierno Popular en torno a la producción agrícola.....	P.32
El Allendismo y la cultura popular.....	P.36

4. Capítulo III: <i>Dictadura y Crisis, el análisis de los errores cometidos en el gobierno popular y el proceso de renovación ideológica del PS</i>	P.44
¿Qué ocurrió con el PS?.....	P.46
El proceso de Renovación.....	P.49
5. Capítulo IV: <i>El nuevo Partido Socialista de Chile, la década de esplendor (1989-1999)</i>	P.63
Nociones sobre la composición del PS en la década de 1990.....	P.67
El oficialismo frente a la política de los consensos.....	P.70
El PS y la izquierda respecto de las investigaciones sobre DDHH.....	P.71
Las luchas sindicales, un remante de un pasado próximo.....	P.73
Aylwin y los cambios al sistema económico dictatorial.....	P.74
PS y Elecciones de 1998: Una nueva oportunidad de representatividad democrática.....	P.76
El desencanto social con la política: Interpretaciones de intelectuales socialistas.....	P.79
La CUT al rescate del sujeto social y las particularidades del allendismo.....	P.86
El PC como heredero de socialismo allendista: revolución para hoy, democracia para mañana.....	P.88

6. Conclusión.....P.91

7. Referencias Bibliográficas.....P.96

Introducción:

Analizar y dar explicación a los procesos de fragmentación del Partido Socialista de Chile (lo llamaremos PS) y a las corrientes que conforman y divergen del mismo, es una tarea compleja. En el caso de este estudio, el foco se posiciona en el periodo 1970-1990, haciendo principal énfasis en la década de 1980. Y analizaremos el tránsito de la visión anticapitalista construida durante la década de los 60 con la segunda candidatura de Salvador Allende, hacia la vía institucional liderada por este último, hasta el periodo de metamorfosis y reestructuración del partido durante la década de 1980, que conllevan una serie de procesos particularmente interesantes. ¿Cómo puede un partido cambiar tanto en tan solo 30 años?, ¿Es acaso producto de un residuo biopolítico en el cual las potencias calaron tan hondo en las realidades de las naciones periféricas que estructuran incluso su política?

Enfrentándonos a este contexto de forma global nos posicionamos en las consecuencias directas que trajo para la autodeterminación de las naciones latinoamericanas la crisis de los misiles en Cuba. Desde la experiencia revolucionaria en 1959, Cuba se transformó en el principal referente revolucionario en la región, por lo que no es de extrañarse que surgieran numerosas posturas anticapitalistas en América Latina, de hecho, como menciona Tarcus ¹ (2016), las posturas marxistas en la región son sustanciales en la cultura de los pueblos que la componen.

En el contexto local, el PS comenzaba un proceso de transformación después de la derrota de 1964 con Allende como candidato, sumando estos tres intentos fallidos de conseguir posicionarse en el poder. Es aquí donde la postura del PS comienza un periodo turbulento, las escisiones se hicieron presentes en un contexto de desacuerdo y reformulación identitaria, naciendo desde el mismo partido en 1964 una vertiente radical que tomaría el nombre de Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y posteriormente en 1967, la formación de la Unión Socialista Popular (USOPO) por parte de Ampuero.

Todas estas nuevas caras en el bando socialista nacen del desacuerdo con la orgánica o las decisiones del partido, por lo que es posible afirmar que existen vertientes con diferentes

¹ Tarcus, H (2016) *“Para un programa de estudios sobre los marxismos latinoamericanos”* Revista Memoria, Mexico.

finés que comparten el nombre de PS, cada una buscando definir las diferentes miradas en torno a lo que es socialismo, de las cuales se destacan dos, siendo estas aristas la lucha electoral y la armada.

Tomando estos antecedentes, no es de extrañar que el PS se presente como un partido de líneas, y es más, dichas diferencias entre líneas dentro del partido se mantienen incluso durante la victoria de la Unión Popular (UP) con Salvador Allende a la cabeza.

Durante los tres años en que el gobierno popular estuvo al mando de la nación, el PS mantuvo la línea que el presidente Allende representaba, buscando la constante del apoyo popular para dar legitimidad al proyecto allendista. Es en esta fase donde podemos encontrar mayor estabilidad dentro de los lineamientos partidarios con una figura finalmente en el poder. Ya en 1973, particularmente en el mes de septiembre la crisis institucional y orgánica del partido se avecinaba, los exilios y los asesinatos sin ningún tipo de premeditación azotan al PS de una manera tan voraz que no es de extrañarse que el partido se transformara en un tumulto de aguas convergentes.

Durante los años de mayor crisis en la década de 1970, Carlos Altamirano ostentó el cargo de presidente del partido, incluso desde el exilio en la RDA, manteniendo vivo el fulgor socialista al menos hasta el quiebre con Clodomiro Almeyda en 1979. Y, siendo esta la última y más grande fragmentación del partido antes de su periodo de renovación en la década siguiente.

Una vez zanjadas las diferencias entre los dos mayores exponentes del partido, estos siendo Altamirano y Almeyda, se plantea adaptar el ideario socialista al contexto global de la caída del muro de Berlín y la inminente desintegración de la URSS. Estas situaciones posicionan al partido en un nuevo ciclo en el cual los ejemplos anteriores ya no eran aplicables a una realidad que lentamente comenzaba a globalizarse. La nueva orgánica deja atrás años de rebeldía y lucha por el pueblo y traslada lentamente al PS hacia la centro izquierda.

Para llevar a cabo esta investigación el método cualitativo es idóneo para la construcción de los relatos históricos mediante los discursos, considerando así a las múltiples visiones respecto a un hecho desprendida de la variedad de estos.

La utilización de fuentes secundarias es clave para establecer una hipótesis libre de conjeturas, de carácter objetivo, dentro de lo posible, para la construcción de un escrito desde una postura crítica en torno al desarrollo de un proceso en particular que logra explicar o formar realidades desde las decisiones de un grupo. Además, como sustento investigativo es necesario recurrir a las obras de los principales actores del proceso en cuestión, es por esto que como base se utilizaran textos de múltiples disciplinas, como Moulian y la sociología y Arrate y las ciencias políticas.

En este escrito se busca establecer dos hipótesis a ser corroboradas, la primera de ellas consiste en que si en el marco de la existencia de una profunda crisis política social que vivió un sector importante de la izquierda en el país ¿De qué manera influyó la derrota del Gobierno Popular y el fracaso de la vía chilena al socialismo en la necesidad de renovación ideológica y estratégica del Partido Socialista?

En segundo lugar, se busca esclarecer una vez iniciado este proceso de renovación y transformación ideológica y orgánica desde los partidos de izquierda ¿Es posible hablar de una identidad marxista-leninista en la nueva izquierda chilena, especialmente el Partido socialista?

Capítulo I: Nociones previas al estudio.

Marco Teórico:

El presente escrito busca establecer en primer lugar una relación entre el actor social y la cultura partidaria izquierdista, enfocados en casi su totalidad en el caso particular del Partido Socialista, en torno al ideario allendista constituido entre 1958 y 1973. En una segunda instancia, se plantea la existencia de un rechazo teórico y práctico del antes mencionado cúmulo de ideas en el contexto de la dictadura de Augusto Pinochet, lo que conlleva a la conformación de un proyecto de renovación ideológica al interior del partido. En tercer y último lugar se busca generar un contraste entre un Partido Socialista reunificado y su ideario renovado, en contraposición a un país desencantado con la política partidista. Sumado a esto último se considera un breve análisis respecto al intento de rescate del ideario allendista por parte de otras fuerzas políticas distanciadas del PS.

Ahora bien, la problemática a la que la presente obra busca entregar nociones e hipótesis es la progresiva construcción del ideario allendista como un articulación político social que logra plasmarse en la consciencia colectiva como un elemento cultural. Considerando la recién mencionada descripción es necesario establecer una relación intrínseca e inequívoca entre el PS y la construcción del allendismo como corriente política. La formación de la Unión Popular con Salvador Allende como su candidato presidencial, entendiéndose dicha alianza como un bloque de partidos de carácter izquierdistas que logran fijar una meta conjunta, es posible aseverar que “esto permitió revisitar y revisar con más profundidad el liderazgo de Salvador Allende; no dejarlo petrificado en su gesto final o en algunos de sus grandes discursos, sino reconocerlo y analizarlo como un líder constructor”². La figura de Allende como referente político y a su vez como artífice de la construcción de un ideario que las masas populares y militantes reconocerían con su nombre cobraría sentido a partir de las nociones que Cortés Terzi (1988) esgrime en torno a las posibilidades que el ideario allendista conllevó e irradia incluso en tiempos de una intensa renovación tanto política, en

² Zúñiga, E. Á. (2020). *A cincuenta años de la Unidad Popular: el allendismo como teoría política*. Anales de la Universidad de Chile (No. 18, pp. 265-281).

el caso del Partido Socialista, y social, respecto al cambio de modelo articulado desde 1980 en Chile. Cortes Terzi define a Allende de la siguiente forma:

“Dos grandes rasgos (identifican) a Allende como un intelectual. Primero como creador de cultura política. Sin duda, que fue uno de los más importantes y eficientes creadores de sentimientos y voluntades socialistas entre las masas chilenas. A decir de Gramsci, hizo ‘historia concreta y completa’ y, por ende, formó parte activa de la ‘filosofía de una época’. Y segundo, como dirigente y organizador de esos sentimientos y voluntades” (Cortes Terzi, A. 1988, pp 9).

La figura de Salvador Allende como constructor de un sentimiento de propiedad hacia/con la ideología socialista chilena desde las masas populares converge en la construcción de un proyecto de gobierno popular. La articulación de este último proponía una ruptura teórica respecto a cómo se ejecutaba la política izquierdista y los movimientos obreros. Por lo tanto, afirmar que “la llamada “vía chilena al socialismo” fue un desafío político que planteó problemas teóricos e interrogó ciertas concepciones filosóficas y teóricas tradicionales de la izquierda”³ es una realidad concreta. La particularidad de dicha propuesta de gobierno era la apertura a la idea de que la construcción del socialismo no respondía, como si de una máxima se tratara, a la vía revolucionaria. Dicha situación planteo tensiones directas con un Partido Comunista nuevamente legalizado y posteriormente con sectores del mismo PS que fijaban su rumbo hacia el ejemplo de la Revolución Cubana. Por lo tanto, la postura aferrada a la institucionalidad propia del allendismo “planteó que en el camino al socialismo no

³ Zúñiga, E. Á. (2020). *A cincuenta años de la Unidad Popular: el allendismo como teoría política*. Anales de la Universidad de Chile (No. 18, pp. 265-281). (pp. 268)

era una ley ineluctable de la historia tener que pasar por una fase de dictadura para transformar la sociedad en una dirección socialista”⁴

A su vez, la construcción del ideario allendista tiene sus bases en los postulados propios del PS y su orgánica, pero en su particularidad recurre a los clamores populares entregando especial atención a los movimientos obreros y campesinos, y a sus representantes. Águila (2020) expone dicho acto de la siguiente manera:

“Por otra parte, el allendismo y algunas de sus “heréticas” propuestas políticas y teóricas no nacían en un vacío histórico, sino que hundían sus raíces en el desarrollo de la izquierda del siglo XX y del movimiento obrero y popular, en particular de la vertiente socialista chilena, donde se había ido incubando un conjunto de planteamientos originales y heterodoxos, a partir del cual el allendismo se nutre. O quizá puede ser dicho a la inversa: ese pensamiento socialista original encuentra en el allendismo su proyección y, algo muy importante, su posibilidad de encarnar en la cultura popular chilena y en un movimiento histórico social concreto.” (Águila, E. 2020, pp 271)

La representatividad que llevaría a Allende a ser candidato presidencial en múltiples ocasiones permitiría revitalizar un Partido Socialista relegado a una participación constante pero escueta. Por lo tanto, la abstracción de la figura de Allende encuentra su espacio en base a las corrientes socialistas moderadas que se encontraban al interior de las filas militantes del PS. A pesar de encontrarse en una cierta comodidad, la naciente corriente política que representaba el antes mencionado candidato presentaba carencias, puesto que “siendo

⁴ Ídem (pp 269)

el allendismo la síntesis más significativa del desarrollo popular chileno, nunca dispuso de una intelectualidad que la fortaleciera y proyectara”⁵.

Si bien es posible establecer los años 1957 y 1958 como aquellos que vieron nacer, o entregaron las condiciones, para la formulación del ideario allendista, es 1953 el año que permitió forjar las relaciones de este con los movimientos populares. Por lo tanto, no es extraño afirmar “que sus primeros pasos como proyecto unitario de las izquierdas estuvieron en la fundación de la CUT”⁶ en el mismo año. Apoyado en esto, se puede agregar la predisposición a recurrir a las populares de carácter urbano del antes mencionado cúmulo de ideas. Si bien existe un acercamiento respecto de las demandas de los sectores rurales, el grueso electoral y militante se encontraba en las ciudades, es por ello que se habla del Partido Socialista como un partido que lucha por los trabajadores. Lo cual es expuesto por Thuielmann (2020) en las siguientes citas:

“El allendismo, si bien tuvo una importante presencia en las zonas rurales, fue un fenómeno de masas urbanas, no solo porque allí habitaba la mayoría de sus bases, sino porque allí se desplegó de forma vital una cultura roja, clasista, moderna y modernizante” (Thuielmann, L. 2020 pp. 90.)

“La nueva gran periferia de Santiago y otras grandes ciudades del país anunció su existencia con violencia y rabia, reclamando derecho a ser tratados como los ciu-

⁵ Cortes Terzi, A. (1988). Salvador Allende y el allendismo posible. *Revista Avances*, 7, 6-34 (pp. 10).

⁶ Hernández, L. T. (2020). En el centro del Horno Crisol de la Patria: movimiento obrero y allendismo en la construcción de "la vía chilena al socialismo"(1956-1970). En *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 85-101).

dadanos reales de una capital dependiente que se había prometido el desarrollo...

Esa masa está en el centro del allendismo” (Thuiemann, L. 2020 pp. 90.)

La conquista de las masas populares requería en primer lugar establecer una relación recíproca con los sectores obreros. La construcción de un proyecto político de carácter popular imperaba la creación de nexos con los denominados actores sociales. Para Touraine (1992) este responde a la necesidad de caracterizar a aquel sujeto entregado a la labor de generar cambios en torno a sus circunstancias, es decir, es aquel individuo consciente de sí mismo y de su condición de clase el cual articula el movimiento social⁷ como herramienta frente a la hegemonía de la clase dominante. Por lo tanto, la clase obrera era partícipe de la construcción de los movimientos sociales, más aun si contaban con un ente representativo que aglutinara sus demandas como lo es la CUT.

La principal relación entre la política izquierdista y el organismo obrero antes mencionado radica en la existencia del Frente de Acción Popular, coalición política que integraban partidos como el PS, el PC o el Partido Socialista Popular (PSP). Por ende, “este referente electoral, que en sus inicios contuvo a buena parte de la unidad original que formó la CUT, y que se había galvanizado en la comunidad de víctimas de la represión bajo la Ley Maldita”⁸ permitiría establecer diálogos entre los portavoces de la clase obrera y los rostros de los principales partidos de izquierda del momento. Esto último puede considerarse el génesis de los clamores populares que inspiraron la tendencia política que nos ofreció Salvador Allende puesto que esta “es la base militante y de masas sobre la que se constituyó el allendismo”.⁹ Nuevamente apoyándonos en Thuiemann (2020) el fenómeno que se gestaba en

⁷ Touraine, A. 1981. “El regreso del actor”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Nouvelle Série, Vol. 71, Les Sociologies. Paris.

⁸ Hernández, L. T. (2020). En el centro del Horno Crisol de la Patria: movimiento obrero y allendismo en la construcción de "la vía chilena al socialismo"(1956-1970). In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 85-101). (pp. 90)

⁹ Ídem (pp 90.)

los primeros años de la década de 1950 representó condicionantes más allá del ámbito político, lo cual queda expreso en las siguientes citas:

“No solo fue una movilización electoral. El allendismo fue una fuerza social muy dinámica entre las bases del universo proletario ligado al FRAP desde el comienzo del debate sobre quién debía ser el candidato de la coalición.” (Thuielemann, L. 2020 pp. 91)

“El allendismo, inaugurado así en el bienio de 1957–58, fue una expresión electoral de un nuevo estadio en la historia del movimiento popular; una expresión de masas principalmente urbanas, de una fuerte identificación clasista y de discurso de izquierda revolucionaria.”(Thuielemann, L. 2020 pp. 91)

“En las elecciones de 1958 se confirmó la popularidad del candidato de los partidos marxistas agrupados en el Frap, Salvador Allende, quien consiguió el apoyo de más de un tercio de los electores, siendo sus fuertes las ciudades obreras y los lugares de concentración de campesinos pobres.” (Thuielemann, L. 2020 pp. 91)

Retomando el concepto gramsciano de hegemonía esta corresponde, en resumidas cuentas, al desarrollo de una clase dominante la cual logra concretar una supremacía sobre una clase dominada. Un ejemplo claro sería la construcción de un Estado que responde a los intereses comerciales y sociales de una oligarquía, y que a su vez ejerce su dominio sobre los grupos

populares y/o proletarizados. El ideario gramsciano propone la siguiente definición para la relación de dominación entre clases:

“El criterio histórico-político en que debe basarse la investigación es este: que una clase es dominante de dos maneras, esto es, es «dirigente» y «dominante». Es dirigente de las clases aliadas, es dominante de las clases adversarias. Por eso una clase antes de subir al poder puede ser «dirigente» (y debe serlo): cuando está en el poder se vuelve dominante, pero sigue siendo también «dirigente» (...) La dirección política se convierte en un aspecto del dominio, en la medida en que la absorción de las élites de las clases enemigas conduce a la decapitación de éstas y a su impotencia. Puede y debe existir una «hegemonía política» incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar sólo con el poder y la fuerza material que este da para ejercer la dirección o hegemonía política” (Gramsci, A. Paggi, L. 1981, pp. 107).

En el caso chileno, la realidad no se alejaba de lo expuesto por el autor. Las condiciones materiales de la clase obrera revelaban una precariedad alarmante en contraposición a la constante tendencia al crecimiento que revelaba la industria nacional. El interés en la estatización de la explotación de algunos recursos potencio a su vez la injerencia que el mismo organismo podía tener sobre los nichos productivos y, por ende la relación que éste establecía con los trabajadores. Ejemplo claro de esto es el proceso de Chilenización del Cobre durante los años sesentas de mano de Eduardo Frei Montalva.

Dentro del posibilismo por el cual el allendismo transitaba, la instrumentalización de la clase obrera como medio para la existencia de dicha corriente política requería un escenario institucional pleno, constituido como una democracia, puesto que “el allendismo era una formulación teórica para sociedades cuyo desarrollo económico y político-institucional

habían alcanzado cierta madurez”¹⁰. Finalizando la década de 1950 las condiciones necesarias concretaron finalmente la formulación final del allendismo, lo que, elección tras elección permitió que este se constituyera como un rasgo cultural al interior del PS y de los movimientos obreros.

Respecto a este último punto, la articulación cultural del allendismo a través de la figura de Salvador Allende, al menos entre 1958 y 1973, responde a dos fenómenos particulares en su desarrollo. En primer lugar, la transmutación de este hacia una suerte de teoría política o, en su defecto, en una vía alternativa de la instauración del socialismo mediante la institucionalidad. En segundo lugar, se puede afirmar la idea Allende como un candidato con liderazgo de masas, lo que permite atribuirle la cualidad de ser constructor de tendencias políticas bajo el regazo de su ideario personal o su cosmovisión.

La cultura popular permitió al allendismo surgir entre las corrientes socialistas que dado que, en palabras de Antonio Gramsci, esta consiguió un nivel de “organización, disciplina del yo interior, apoderamiento de la personalidad propia, conquista de superior consciencia por la cual se llega a comprender el valor histórico que uno tiene, su función en la vida sus derechos y sus deberes”¹¹ lo que revela una clase popular organizada bajo un ideario común, es decir, se constituye una colectividad que es consciente de sí misma y su condición de dominada, la cual a su vez se identifica culturalmente con la lucha por los derechos que el allendismo plantea como proyecto de gobierno.

Marco conceptual:

En primer lugar la idea de establecer un marco conceptual permite al lector interiorizarse en la temática que compone el texto, puesto que este "está compuesto de referencias a sucesos y situaciones pertinentes, a resultados de investigación, incluye, por tanto, un marco de

¹⁰ Zúñiga, E. Á. (2020). A cincuenta años de la Unidad Popular: el allendismo como teoría política. In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 265-281). (pp. 269)

¹¹ Sacristán, M. (2014). Antología. Antonio Gramsci. *Conflicto Social*, 7(11). (pp. 15)

antecedentes, definiciones, supuestos, etc.". ¹² Por lo tanto, y sujetos al caso particular del presente escrito, entregar ciertas nociones respecto de los conceptos que permanecerán latentes en el mismo sería de gran ayuda para su comprensión, incluso si estos no son nombrados de manera textual, no así su descripción.

En primer lugar, sería importante definir el concepto que está presente en casi la totalidad del estudio, el allendismo. Este puede describirse como una simbiosis de dos corrientes propias del Partido Socialista, las cuales son: la vía democrática y la vía revolucionaria. Si bien es posible afirmar que existe una cierta contradicción en ambos conceptos, tienen como base común la existencia de un catalizador como fueron los movimientos obreros como foco principal de la práctica política en cuestión. Como afirma Águila (2020):

“El allendismo como práctica política, pero sobre todo como teoría, tiene tras de sí la larga trayectoria de la izquierda y del movimiento popular chileno. Pero, sin duda, un antecedente fundamental lo constituye la singularidad política y conceptual del Partido Socialista” (Zúñiga, E. Á. 2020, pp. 271)

Apoyándonos en la cita antes expuesta, la principal particularidad del PS es que se trata de un partido de líneas. Con esto se busca explicitar que al interior de la masa militante del partido existía una multiplicidad de miradas. A modo de ejemplo, durante los primeros años de gestación del allendismo el partido respondía a una lógica de participación democrática y colaboracionismo, no es hasta 1967 que mediante la discusión al interior del Congreso General de Chillán este establece una mirada revolucionaria y, por ende, articula los pasos a seguir por el partido desde dicho punto en adelante. Dicha dualidad provocaría una inestabilidad en torno a la visión que el allendismo aportaba a la política chilena, dado que “la coexistencia de las alternativas “guerrillera” y “democrática” para llegar al socialismo, daba pie para debilitar desde el humor la credibilidad de Allende, enfatizando en las caricaturas

¹² Ortiz, M. (2011) “Marco Teórico Conceptual”, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México.

un doble discurso, una doble faz”¹³ La construcción de la vía chilena al socialismo necesitó la articulación de una postura socialista a la chilena¹⁴ lo cual queda expreso en la siguiente cita del autor antes mencionado:

“...la perspectiva de entroncar las ideas socialistas en la historia nacional y en una cierta interpretación de esta; la reafirmación de un ideario democrático, que aunque resinificaba su formulación liberal desde una perspectiva socialista, se fue concibiendo, particularmente en la fase allendista, como indisoluble e irrenunciable en la construcción del socialismo; una reafirmación anticapitalista, lo que unido a su vocación democrática generaba una suerte de “reformismo revolucionario”; una conexión entre principios y doctrina, por un lado, y una práctica de soluciones concretas para el mundo popular y de trabajadores, por otro, que generaba una combinación donde lo ideológico no era obstáculo para establecer un vínculo con la realidad social concreta; una perspectiva libertaria y autónoma en un amplio sentido, desde lo teórico hasta la visión de los temas internacionales.” (Zúñiga, E. Á. 2020, pp. 271-272).

Por lo tanto, recopilando lo antes expuesto, el allendismo es una corriente política constituida desde la institucionalidad, la cual cobija los intereses de la clase obrera en un progra-

¹³ Iturra, J. M. (2020). Allende imaginario (la historia en citroneta). In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 139-152). (pp. 142)

¹⁴ Con esta idea se busca establecer una diferenciación respecto de los procesos de instauración del socialismo en otros países, por proximidad usaremos el ejemplo cubano. La conquista del poder requirió el enfrentamiento bélico con las fuerzas del orden hegemónico imperante en la isla hasta dicho momento. Por consiguiente el socialismo a la chilena puede entenderse como una expresión institucionalista del mismo, lo que a medida que avanza el allendismo como corriente se ve ratificado en la conquista del poder mediante la vía electoral, caso único hasta la fecha.

ma de gobierno que busca la construcción de un socialismo particular que “no consideraba entre sus componentes la lucha armada ni la guerrilla”¹⁵ lo que lo posiciona en un contexto particular, dado que su aplicación se puede configurar solo dentro de la realidad chilena y no en un contexto diferente. Esto puede explicarse mediante la madurez de la institucionalidad nacional y el clima de malestar social asociado al sistema económico imperante y las condiciones materiales que este contenía respecto de la realidad de la clase obrera. Sumado a esto, la existencia de un organismo de representatividad obrera como lo era la CUT y la formación de alianzas dentro del bloque partidario de izquierda como lo es la constitución del FRAP , pavimentaron el camino para la construcción del allendismo.

Ahora bien, la unidad mínima dentro de la colectividad allendista es el individuo considerado como actor social con conciencia de clase. Si nos apoyamos en Salazar (1999) el denominado adversario de la hegemonía podría ser definido de la siguiente forma:

“Este actor social tiene la vocación de influir sobre su destino, de transformar la vida social en la cual está inserto. Es la antípoda de aquel que en la sociedad tradicional siguió, sin cuestionar, los mandatos divinos y que, en la sociedad actual, asume, ciegamente, los roles determinados por los centros de poder.” (Salazar, G. 1999, pp 93).

Por lo tanto, el actor social es aquel principal enemigo del estatus quo puesto que al ser este consciente de su rol en la sociedad y, además de su condición de clase, permite solidificar las demandas sociales de mano de un liderazgo férreo.

El concepto de hegemonía por su parte encuentra su origen desde el análisis sociológico de las relaciones humanas. Para Bourdieu, esgrimido desde el concepto de violencia simbólica, la hegemonía puede describirse como “todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder

¹⁵ Zúñiga, E. Á. (2020). A cincuenta años de la Unidad Popular: el allendismo como teoría política. In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 265-281). (pp. 275)

que logra imponer significados e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza”¹⁶ lo que de cierta forma explica dicha relación de la visión expuesta por Gramsci, la cual se sostiene en base a las relaciones de dominación cultural, política y económica. La gobernabilidad presenta la capacidad de forjar una cosmovisión hegemónica en base a la coacción y el monopolio del ejercicio de la violencia.

El concepto de cultura cuenta con un amplio repertorio de definiciones, para los efectos del presente escrito nos apoyaremos en la definición marxista de esta. En primer lugar, para Karl Marx esta puede ser entendida en el marco de una comprensión sistemática de los modos de producción sociales y económicos,¹⁷ por lo que la construcción de la cultura nacía desde las relaciones comerciales y de explotación capitalista de los recursos. Para Althusser¹⁸, el desarrollo de la cultura estaba sujeto a la ideología, entendida esta como el conjunto de condiciones discursivas y de demandas expuestas y seguidas por un grupo con la finalidad de concretar un objetivo o sostener una visión del desarrollo de las relaciones sociales. Por su parte, el ideario gramsciano¹⁹ tal y como se expuso con anterioridad sostiene la cultura desde la hegemonía social de una clase o colectivo por sobre otro. Por lo tanto, se puede afirmar que la cultura desde el enfoque marxista se puede comprender como los lineamientos resultantes de las relaciones de poder y económicas con una finalidad u objetivo contenido en la superposición de una cosmovisión sobre otra. Por lo que no sería del todo erróneo aseverar que la idea de cultura popular nace de la resistencia de las clases obreras respecto de la cultura impuesta por las clases acomodadas.

Como último concepto, y de forma resumida, se sostendrá la idea de renovación como un fenómeno de cambio atribuido a la necesidad de actualizar o equiparar las condiciones ma-

¹⁶ Bourdieu, P., Passeron, J. C., & de Saint Martin, M. (1996). *Academic discourse: Linguistic misunderstanding and professorial power*. Stanford University Press.

¹⁷ Butler, J. (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New left review*, 2, 109-121.

¹⁸ Althusser, L. (1988). Ideología y aparatos del Estado. Freud y Lacan. *Buenos Aires: Nueva Visión*.

¹⁹ Sacristán, M. (2014). Antología. Antonio Gramsci. *Conflicto Social*, 7(11).

teriales o ideológicas desde un colectivo respecto de las tendencias y/o relaciones imperativas sostenidas por una clase hegemónica en un contexto y lugar determinado.

Marco Metodológico:

La presente investigación es planteada desde las nociones cualitativas del desarrollo historiográfico. La construcción de relatos mediante el análisis de fuentes tanto primarias como secundarias permite la establecer una cierta coherencia y dirección en lo que el objetivo de la investigación respecta. Por lo tanto, y apelando a la multiplicidad de enfoques vertidos en los siguientes capítulos, se puede afirmar que el presente escrito busca conectar lo expuesto por autores de la época en cuestión con las apreciaciones subjetivas contenidas a lo largo del texto.

La incorporación de análisis nacidos desde otras disciplinas permite ampliar el abanico de interpretaciones respecto al fenómeno estudiado, por lo que contar con más de una postura permite legitimar el procedimiento llevado a cabo. Las conclusiones a las que llegan los autores respecto del proceso en si permite dar sentido la paulatina renovación del partido durante los años posteriores al Golpe de Estado y el porqué de la elección de dicho camino y no el de la confrontación directa.

Por último, retomando la importancia de la utilización de fuentes primarias y secundarias al interior de la investigación es la clave para establecer una hipótesis libre de conjeturas, dentro de lo posible con cierta objetividad, que sea útil para la construcción de un escrito desde una postura crítica en torno al desarrollo de un proceso en particular que logra explicar o formar realidades desde las decisiones de un grupo.

Hipótesis y objetivos de la investigación:

Mediante el análisis de las fuentes recopiladas durante el Marco Teórico nos permiten establecer, en el contexto de la construcción del allendismo como corriente política, dos hipótesis esenciales para la presente investigación. En primer lugar, es importante destacar el punto de inflexión que permitirá la transformación al interior del colectivo socialista y reorganizará la postura del mismo respecto de la experiencia de la Unión Popular, por lo tanto la primera hipótesis sería la siguiente:

- 1) La existencia de una profunda crisis política social que vivió un sector importante de la izquierda en el país, y que la obligó a tomar decisiones frente al escenario de colapso e inminente cambio del sistema económico-social. Surge de allí la interrogante: ¿De qué manera influyó la derrota del Gobierno Popular y el fracaso de la vía chilena al socialismo en la necesidad de renovación ideológica y estratégica del Partido Socialista?

En segundo lugar, y apoyados en la anterior hipótesis, se debe establecer una postura de análisis respecto del concepto que atañe el presente escrito, por lo tanto una segunda hipótesis es:

- 2) Una vez iniciado este proceso de renovación y transformación ideológica y orgánica desde el Partido Socialista ¿Es posible hablar de una identidad allendista en esta nueva etapa política?

Respecto a la articulación de los objetivos, en primer lugar se podría considerar que pese al intento de desarrollar un nuevo ejercicio de la política alterando las bases de los partidos marxistas, la realidad del país avanza rápido y sin frenos a un nuevo modelo económico que altera profundamente la sociedad tal y como se conocía antes de la Dictadura. Por lo tanto, para poder comprender como esto ocurre se debe analizar y establecer una postura crítica desde los movimientos ejecutados por el partido en la suerte de metamorfosis que se vio forzado a realizar durante casi dos décadas, es decir, un primer objetivo sería la exposición de los factores que propiciaron el proceso de renovación el interior del Partido Socialista y el inicio del abandono del ideario allendista.

En segundo lugar, si bien se establece en un principio la idea de respetar las bases ideológicas, la presencia hegemónica de una agonizante Unión Soviética y de una resistente Cuba como representante global del socialismo interfiere en la percepción de la viabilidad de los antiguos enfoques a la naciente sociedad globalizada. Por lo tanto, un segundo objetivo debería esgrimirse desde el análisis la permanencia del marxismo en la orgánica de la izquierda nacional.

En el contexto de una democracia limitada y con la tarea titánica de dar respuesta a las cientos de familias que clamaban por sus familiares desaparecidos, el enfoque político se ve truncado mediante la ilusoria propuesta durante finales de los años ochenta. La articulación de una nueva política para una nueva nación avasallaba todo vestigio de aquel partido enfocado en los trabajadores y que enfrentaba de frente al voraz capitalismo. Por tanto, un tercer y último objetivo es el de entregar nociones del porqué del cambio de estrategia política y como la sociedad chilena trastocada por el neoliberalismo representaba un escenario adverso para la política izquierdista tradicional.

Capítulo II: Consideraciones previas: la construcción de una vía anticapitalista y el triunfo del allendismo (1958-1970)

Fragmentación: Fundación del MIR y de USOPO.

En torno a las reconsideraciones luego de una nueva derrota electoral el año 1964 con Salvador Allende a la cabeza, el PS pasa por un primer proceso de metamorfosis a través del surgimiento de nuevos polos organizativos desprendidos de la militancia en el partido. En primer lugar, en 1964 comienza un periodo de éxodo de militantes socialistas hacia posturas más radicales. Inspirados estos militantes en el fenómeno de la guerrilla Latinoamericana, en particular con el ejemplo que Ernesto “Che” Guevara transmitía desde Cuba a la región, se funda en agosto de 1965 el Movimiento de Izquierda Radical (MIR) a través de la figura de Miguel Enríquez. Las principales líneas de la Declaración de Principios del MIR²⁰ que pueden encontrarse en el documento del mismo nombre entre las páginas 99 y 101 son:

- 1. "La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será construir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas."*
- 2. "El MIR fundamenta su acción revolucionaria en el hecho histórico de la lucha de clases."*
- 3. "El rasgo más sobresaliente de este siglo es el carácter mundial que ha adquirido el proceso revolucionario. [...] Las condiciones objetivas están más que nunca maduras para el derrocamiento del sistema capitalista."*

²⁰ Declaración de Principios del MIR, 1965.

4. "Reafirmamos el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada."

La postura radical del MIR se expresa en su intención de acelerar los cambios sociales, políticos y económicos en el país desde una base revolucionaria, sosteniendo la implementación de un Estado Proletario, y la paulatina extinción de este mediante la articulación del socialismo como base político-teórica de la reconstrucción de la sociedad sin clases. Además, como todo partido de carácter marxista-leninista, sostenía la pugna entre clases antagónicas y el velar por la victoria del pueblo oprimido mediante la vía insurreccional popular y armada.

Otra de las disidencias dentro de las filas del PS fue la de algunos miembros que presentaron discrepancias con el camino que el mismo había establecido en el Pleno Nacional del XXI Congreso, Entre sus miembros fundadores se encontraba el senador Raúl Ampuero, participe importantísimo de la historia socialista en Chile, miembro fundador de la Federación Juvenil Socialista (FJS) en 1934, siendo nombrado Secretario General de este y posteriormente del mismo PS.

En 1948 durante la división del PS en torno a aquellos que apoyaban la denominada Ley Maldita (Ley 8.987) la cual proscribía el Partido Comunista a modo de defender la democracia, y de aquellos que rechazaban categóricamente la misma, surge la figura de Ampuero que pertenecía a este segundo grupo. Y junto a estos, entre los cuales se encontraba Allende, fundan el Partido Socialista Popular. Pero, cuando este decide apoyar la candidatura a presidente de Ibáñez del Campo en 1950, muchos de los miembros deciden regresar al PS.

Ya en 1957 con el progreso de la reunificación socialista, la mirada del senador Ampuero se posicionaba en reintegrarse a las filas del PS. Ampuero es elegido en 1961 nuevamente como Secretario General del partido y no es hasta 1967 que decide definitivamente abandonarlo en vista de los lineamientos que el PS toma frente a las elecciones de 1970.

La formulación del USOPO a finales de 1967 propone una mirada del socialismo orientado hacia la vía democrática, lo que se diferencia de la naciente postura radical a la cual comenzaba a adherirse el PS. La Unión Socialista Popular como partido responde a la visión que Ampuero tenía del socialismo, uno que había sido construido mediante el desarrollo del

Frente Juventud Socialista de Chile, dentro de la cual en dicha instancia, el ahora senador forjó una mirada en torno a las clases de carácter revolucionario, siempre sujeto a la idea de la conquista de la dignidad del pueblo en lo que derechos sociales respecta. Fue el más firme impulsor de esta política, a partir de la ubicación del partido en la oposición al sistema capitalista y a sus gobiernos de turno, desde 1946 a 1966, es decir, durante 20 años. Por lo que su salida del PS significó el inicio de la transformación de este hacia fines de la década de los sesenta.

Reformulación de la orgánica del partido y formación de la UP.

Tomando por base las nuevas expresiones del ideario socialista en la realidad chilena, el PS posiciona su mirada en la clase obrera popular. El proceso de industrialización vivido durante la década de los cincuenta forjó un grupo proletario abundante en el país, lo cual propició las condiciones, bajo el manto del desencanto político, de una radicalización de las concepciones sociales y políticas de los grupos obreros.

Estas nuevas posturas en torno al socialismo chileno se sustentan por el agotamiento del colaboracionismo que Corvalán (2001) plantea como la manera en que el partido hacia política. El alzamiento del malestar popular y la desconfianza hacia la clase política y los pactos que esta desarrollaba de mano de los partidos, terminó por definir las ideas que el PS decidió tomar como bandera de lucha.

Apoyándonos nuevamente en Corvalán (2001), la derrota de Allende en las elecciones de 1964 sembró cuestionamientos entre los miembros del PS, particularmente respecto de la vía electoral. Paulatinamente la visión leninista tomó mayor relevancia dentro del partido, uniéndose dicha postura con la realidad de las clases populares chilenas, conllevando lentamente hacia la organización de una mirada revolucionaria.

Las nuevas visiones del PS son resumidas por Jobet (1971) como

1. *El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y el retraso económico y cultural e inicie la construcción del socialismo*

2. *La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico.*

3. *Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.*

Si bien las nuevas posturas del PS representaban un viraje hacia la vía revolucionaria, acompañada de la inserción armada del pueblo en la política, la construcción de un nuevo socialismo que no creía en la institucionalidad se vio desafiado por la figura de Salvador Allende, de cara a las elecciones de 1970, y más aún bajo el alero de la naciente Unidad Popular (UP) como coalición política de la nueva izquierda anticapitalista.

En 1969 se celebró un decisivo pleno dentro del Comité Central del Partido Socialista, en este se decidiría la postura del mismo frente a las próximas elecciones presidenciales. Altamirano representó la recién articulada idea de una revolución alejada de la vía electoral, lo que significaba el abandono de sectores de la burguesía bajo la concepción del antiimperialismo y la anti oligarquía. Por su parte, Allende presentó la fórmula de una alianza popular con las masas obreras, la cual serviría como elemento de posicionamiento político y de forma terminal, la victoria. Una vez que el PS se hiciera con el gobierno, los cambios se llevarían a cabo mediante la vía institucional.

Dentro de las concepciones sobre la conquista del poder por parte de la ahora izquierda radical, la postura del Partido Comunista era la de unificar a todas las fuerzas antiimperialistas y antioligarquicas con la finalidad de ampliar el rango en el cual la izquierda podía acercarse a la posibilidad de gobernar. La consigna “Unidad Popular para un Gobierno Po-

pular” que acuñaron los comunistas enfrentó a las bases de la política izquierdista en miras a las elecciones de 1970. Por lo que la dualidad entre las posturas del PS y el PC, o más bien del Frente Revolucionario y de la Unidad Popular, queda a un lado cuando la candidatura de Salvador Allende se hace efectiva, y este, mediante la utilización de la vía institucional, revitaliza la victoria de la postura comunista sosteniendo el principio de la construcción de una mayoría electoral proveniente del pueblo obrero.

1958, el año de la visión allendista.

El año en que Salvador Allende decidió participar por segunda vez en una elección presidencial marcó, a diferencia de la candidatura de 1952, el inicio de la construcción de una visión socialista que nacía en torno al lema “Un camino nuevo, un candidato popular y un programa de lucha”²¹.

Dicha visión tenía por base el posicionamiento del socialismo desde la base democrática, es decir, la anti tesis de lo que hasta entonces era comprendido como instauración de la ideología socialista en el poder. La creencia de que el pueblo sería capaz de abrir paso para la plena gobernanza y lo más importante, de manera democrática, acompañaría al allendismo hasta su victoria en 1970. Si bien esta segunda candidatura significó una nueva derrota “las elecciones presidenciales de 1958 dejaron a Salvador Allende a poco más de treinta mil votos de La Moneda. Cohesionado en torno a los dos partidos marxistas, el FRAP emergió como una alternativa real frente a la derecha tradicional”.²² Siguiendo la línea del autor debemos prestar especial atención a la idea de Allende como un “actor colectivo que trascendía ampliamente las fronteras de los partidos Socialista y Comunista”²³

Hasta este punto, la injerencia de los partidos políticos como molde de la democracia chilena había permitido exitosamente el desarrollo de las elecciones como mecanismo de representatividad civil. Como bien afirma Valenzuela (1995) la política partidista en Chile ha cumplido la función de orquestar las opciones electorales al enjuiciar los parámetros del

²¹ Arrate y Rojas, Tomo 1, p. 322.

²² Amorós, M. (2014). *Allende. La biografía*. B de Books, p 136

²³ Ídem

debate político, originar los intereses sociales y sus expresiones, formular y exponer nacionalmente los liderazgos políticos y constituir los gobiernos. La compleja relación del modelo gubernamental democrático y la convergencia de los intereses sectoriales materializados en los partidos explican el inicio de una creciente tensión entre los tres bloques mayoritarios dentro de la política chilena. Ignorando de manera consciente el contexto geopolítico global, la construcción de las relaciones sociales en el país se encontraban bajo el yugo de las actividades laborales establecidas en torno a la proletarianización de los sectores primarios.

No es de extrañarse la existencia de una especie de simbiosis entre la política partidista izquierdista con los movimientos obreros. Ejemplo de esto son la conducción del FOCH de mano de Recabarren hacia una expresión alineada al comunismo internacional. Para adecuarnos al periodo estudiado cabe mencionar la formación de la Central Unitaria de Trabajadores como organismo representativo sindical de la clase obrera chilena, y además ligado de forma intrínseca al en ese entonces clandestino PC.

En su particularidad, el *allendismo*, tal y como afirma Fernández (2015) es la fuerza que permite movilizar una masa electoral que se extiende más allá de la cultura partidista de izquierda, generando en el camino lealtades dentro de esta misma. La construcción de este fenómeno tiene dos variantes fundamentales. La primera se sostiene en la figura de Allende como actor político, integrando su carrera al interior del partido como base para legitimar a este como imagen pública del cumulo de propuestas, con la finalidad de generar cierta confianza en el electorado. La segunda responde a una abstracción de la figura del mismo con la finalidad de forjar una suerte de identidad cultural con la cual definir una serie de postulados construidos a través de la experiencia partidista en torno al lento pero progresivo avance del PS hacia la oposición de una realidad socioeconómica cada vez más dispar y avasalladora en torno al refortalecimiento del capital.

Comprendiendo esto último no es de extrañarse que el 6 de enero de 1970 ante el Senado, Salvador Allende mencione en el marco de la formación de la UP:

“No deseo, ni sería pertinente, hacer un análisis relativo a la significación del esfuerzo unitario de partidos o grupos que, a nuestro juicio, evidentemente representan la mayoría del país. Tan sólo deseo señalar que, en mi opinión, en esta hora inquietante de nuestra vida nacional, se hace más necesario que nunca tener fe y confianza en la voluntad de las masas populares y en la capacidad de sus dirigentes para enfrentar la responsabilidad histórica que tenemos los hombres de izquierda.”

Allende, S. 1970).

Expresado esto, se puede aseverar la existencia de un férreo compromiso de la postura del en ese entonces senador con las masas populares la cual se ve reforzada mediante la siguiente cita:

“En este momento tan trascendental para el proceso popular y para el país, no podría yo jamás asumir una actitud diversa de aquella que invariablemente he mantenido: consecuencia política y que es, sin duda, el mejor atributo que puedo exhibir después de tan dilatada participación en la lucha revolucionaria.” (Allende, S. 1970).

“Fue seguramente la consideración de esta circunstancia la que indujo a mi partido a levantar, una vez más, mi nombre. En forma correlativa, por mi parte consideré que debía prestar, también una vez más, mi contribución a la causa a que siempre me he esmerado en servir con honestidad, decisión y clara conciencia doctrinaria (...)Luchamos por crear el más amplio y decidido movimiento antiimperialista, destinado a que se cumpla la revolución chilena. Los emboscados que hubieran po-

...dido llegar hasta nosotros, serán aplastados por la clarividencia revolucionaria del pueblo. No somos sectarios ni tampoco excluyentes; somos y seremos, sí, exigentes, para que en Chile el pueblo no aparezca burlado en sus ansias de independencia económica y política.” (Allende. S, 1970)

El largo proceso de la explotación cuprífera y la importancia de esta en el Gobierno Popular:

La construcción del allendismo como referencia del pensamiento socialista encuentra sus raíces en torno a los intereses particulares respecto a los potenciales nichos productivos del país. Siendo Chile una nación exportadora de materias primas, las riquezas de esta provenían de la extracción de recursos naturales virtualmente explotables y comercializables en el contexto de una economía global capitalista. Por consecuencia, la construcción de un proyecto popular debía considerar la reincorporación a la economía nacional de dichos sectores productivos con la finalidad de garantizar el pleno desarrollo de una reformulación de la vida en sociedad en torno a la reivindicación de la clase obrera.

El pilar fundamental del proyecto allendista consistía en la reformulación del carácter nacional de la industria cuprífera. El crecimiento de dicha industria se ve potenciado con la crisis del salitre y la posterior recesión producto del colapso económico de 1929. Para inicios de la década de 1930 Anaconda Copper Company se hacía con el control total del yacimiento más grande explotado hasta el momento en el territorio nacional: Chuquibambilla, lo cual puede comprenderse como un control casi total de la explotación del cobre por parte de capitales extranjeros.

Iniciado el segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, se da el primer paso para la formular la idea de obtener un beneficio para el Estado desde la ahora denominada Gran Minería del Cobre. En 1953 se funda de mano del antes mencionado gobernante, el Ministe-

rio de Minas de Chile, promulgándose la ley 10.255 denominada “Nuevo Trato” en febrero de 1952. Esta entregó al Banco Central el monopolio de las compras y ventas de cobre provenientes de la producción de las grandes compañías, y lo faculta para fijar los precios de compra y venta del metal, quedando a beneficio fiscal la diferencia entre dichos precios.

No es de extrañarse el creciente interés respecto de los beneficios fiscales que podía conllevar la intervención estatal en torno al comercio de cobre. Dicha industria produjo mil ciento cincuenta y uno toneladas de material entre 1950 y 1952²⁴ cuando la antes mencionada ley entra en vigencia. En 1966 es promulgada la ley 16.425 de mano de Eduardo Frei Montalva, la cual daba inicio a al proceso denominado “Chilenización del Cobre” articulándose la compra de parte de las acciones de las grandes compañías mineras, continuando con la nacionalización pactada en 1969, culminando con la compra en casi su totalidad de la industria cuprífera por parte del Estado.

Iniciada la campaña de Allende para las elecciones de 1970, la presencia del elemento cuprífero como un pilar fundamental de la construcción de una industria nacional, además de servir a la construcción de una economía que permita una gobernanza garante de los derechos sociales que el proyecto socialista comprendía.

Nociones del gobierno Popular en torno a la producción agrícola

De la misma manera es importante rescatar la continuidad de la profunda Reforma Agraria que se había iniciado ya hace algunos años, por lo que es necesario considerar lo que Avedaño (2017) menciona respecto al proceso:

“Así la reforma agraria chilena comienza a partir de 1962, y es el resultado de un proceso de transformación gradual a nivel de las instituciones políticas, como de aquellas encargadas de la distribución de la tierra y la organización campesina.”

(Avedaño, O. 2017. pp 24).

²⁴ Banco Central, Boletín Mensual N°s 274,358 y 423.

El principal punto a destacar por el autor en este pequeño extracto es la gradualidad del proceso, situación muy similar a lo antes expuesto con la industria del cobre. Ya en 1961, la presión por parte de los sectores campesinos se hacía notar, lo cual se volvió más evidente aún con la presencia de la Alianza para el Progreso establecida de mano de John F. Kennedy como contra medida de la Revolución Cubana, con la camuflada intención de evitar un nuevo gobierno marxista en el denominado patio trasero de EEUU. Desde lo explicado por el mismo autor es importante destacar la reflexión que desarrolla a partir *de Landing Votes: Representation and Land reform in Latin America* de la autora estadounidense Nancy Lapp (2004):

“...debido a los cambios institucionales y políticos que se registraron a partir de la coyuntura de 1958, y sobre todo la aprobación de reformas electorales alcanzadas durante ese año... Otro aspecto relevante fue la derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que había excluido al PC y restringido aún más las posibilidades de promover organizaciones campesinas en las zonas rurales.” (Lapp, N 2004)

La presente cita agrega a la ya antes mencionada causa de la reforma agraria, la característica que faltaba para comprender su articulación, el componente político. La presencia de militantes de partidos de izquierda en sectores rurales animando al campesinado a unirse a la causa popular se entiende en el contexto en el cual los partidos buscaban aglomerar las demandas populares en una sola oleada de cuestionamientos, propiciando la construcción de un gobierno popular (o más bien de un candidato) que lograra dar respuesta a las necesidades de un pueblo con hambre de derechos sociales.

Ya en tiempos de la UP organizaciones campesinas como la Unión Campesina Revolucionaria (UCR) tomarían protagonismo en los fundos del sur del país, o en el caso de la zona central el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR) construido principalmente por militantes del MIR. El grupo popular olvidado por las grandes movilizaciones obreras tomaba fuerza en su territorio, la organización campesina en torno al camino revolucionario

permitiría, de mano de la reforma agraria, el combate directo respecto de la propiedad privada monopolizada por los sectores terratenientes, consideradas por el gobierno “terrenos en desuso” lo que permitiría de manera concreta la repartición de nuevos predios explotables a grupos rurales que requieren de un mayor espacio para ejercer su derecho sobre la tierra.

Asimismo, Adrián Vásquez, quien fuera vicepresidente del Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario durante los primeros años de la década de 1970, mencionaba en “Perspectivas de la Reforma Agraria” de autoría de Salvador Allende “La Reforma Agraria debe ser profundamente humanista, así lo plantea el compañero Presidente en un artículo publicado recientemente por la revista CERES de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO)”²⁵. Aquello cobra sentido mediante la siguiente cita:

“La característica fundamental del problema agrario chileno la constituye el grado de dependencia de nuestros campesinos. De allí surge una situación de mayor atraso relativo en la subdesarrollada sociedad chilena. Seres que no son libres, es así que no pueden contribuir como tales en el perfeccionamiento de una vida en sociedad”
(Allende, S. 1972, pp 4)

La noción humanista que se plante se sostiene en base a que los habitantes del Chile rural representaban una parte de la población abandonada por los intereses estatales, al menos durante la primera mitad del siglo XX, lo que de cierta forma permitió a esta nueva fuerza política-popular establecer una mirada enfocada a la dignificación, reinserción y fortalecimiento de la producción agraria de mano de las masas populares rurales.

²⁵ Allende, S “Perspectivas de la Reforma Agraria”, 1972, Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile.

A forma de explicación de esto último siento que sería pertinente exponer una serie de citas del mismo documento con la finalidad de plantear las nociones del autor en torno a la problemática agraria, y su afán por entregar una solución a la misma.

“Esta aberrante situación de dependencia se mantiene aún en nuestros días y las estadísticas son claras en mostrarnos, con palpable evidencia, las desigualdades que rigen nuestros campos. Ante miles y miles de campesinos sin tierra, ante miles de pequeños propietarios que sólo poseen pequeñísimas cantidades, se erigen a b en poder grupos pequeños de terratenientes que, si bien han ido perdiendo paulatinamente sus privilegios, son aún un serio factor que distorsiona nuestra vida ciudadana.” (Allende, S. 1972, pp.7)

“El trabajo de las tierras ha sido evidentemente inadecuado. Dos aspectos básicos así lo señalan: no se ha cuidado adecuadamente de los recursos naturales, ni se ha estado abasteciendo a la población en forma adecuada en su demanda creciente de alimentos” (Allende, S. 1972, pp. 8)

“El abastecimiento de alimentos para la población chilena comienza su fase crítica a partir del año 1940, cuando el país se transforma de un exportador neto de productos agropecuarios, en un importador neto. Desde allí comienzan, año a año a crecer esas importaciones; es así como en 1958 ellas ascienden a 81 millones de dólares y en 1964 suben a 160 millones, para llegar a estimarse en el presente año en 180 millones de dólares”. (Allende, S. 1972, pp. 9)

“En vez de comprar alimentos en el extranjero, si nuestra agricultura fuese más eficiente, esos mismos millones de dólares los podríamos invertir en elementos de capitalización que creasen nuevas y crecientes oportunidades de trabajo para todos aquellos jóvenes y campesinos que emigran hacia los grandes centros urbanos.”

(Allende, S. 1972, pp 10)

La preocupación de Allende respecto al acceso a los alimentos básicos de la población marcó el rumbo de su periodo gubernamental. Campañas como la del Medio litro de Leche por niño menor de 15 años, o también denominada la 15va medida de su plan de 40 intervenciones sociales para la rearticulación del eje social del gobierno popular. Comenzado su mandato tuvo que enfrentarse a una contante que se había arrastrado durante gran parte del siglo XX, la desnutrición infantil.

El Allendismo y la cultura popular:

La imagen de Allende logra concretar de forma culmine la intención de los partidos de canalizar las demandas populares en un candidato, el cual estableciera como centro del debate la construcción de un estado garante de los derechos sociales, con una postura radical respecto del sistema económico que regía las actividades mercantiles y, por consecuencia el menoscabo de la clase trabajadores.

Como evidencia de lo antes mencionado sería interesante destacar una serie de citas extraídas de algunos discursos de Salvador Allende en el contexto entre la victoria de la Unidad Popular el 4 de septiembre de 1970 y la consolidación de su gobierno el 5 de noviembre del mismo año:

“Hemos triunfado para derrocar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una profunda reforma agraria, para con-

trolar el comercio de exportación e importación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.”²⁶ (Allende, S. 1970)

“La revolución no implica destruir sino construir, no implica arrasar sino edificar; y el pueblo chileno está preparado para esa gran tarea en esa hora trascendente de nuestra vida.”²⁷ (Allende, S. 1970)

“Esta es la gran tarea que la Historia nos entrega. Para acometerla, les convoco hoy, trabajadores de Chile. Solo unidos hombro a hombro, todos los que amamos a esta patria, los que creemos en ella, podremos romper el subdesarrollo y edificar la nueva sociedad.”²⁸ (Allende, S. 1970)

*“Vivimos un momento histórico: la gran transformación de las instituciones políticas de Chile. El instante en que suben al poder, por la voluntad mayoritaria, los partidos y movimientos portavoces de los sectores sociales más postergados.”*²⁹
(Allende, S. 1970)

²⁶ Discurso desde el edificio de la FECH, 1970.

²⁷ Ídem

²⁸ Discurso que da inicio a su mandato, Estadio Nacional, noviembre de 1970

²⁹ Ídem

Tomando lo antes expuesto como base se hace necesaria redundar en las ideas expuestas por Salvador Allende. La postura democrática que planteó el mismo puede entenderse como una contradicción teórica respecto del marxismo-leninismo que predicaba el PS tres años antes de la victoria de Allende. Así, el ideario revolucionario que había marcado el desarrollo de las propuestas socialistas hasta el momento se ve desplazado con un pacifismo institucionalista construido en base a una dignificación de la clase obrera y a la construcción de una identidad cultural nacida desde los procesos sociales que habían marcado gran parte de la historia de la primera mitad del siglo veinte.

La gran diferencia del allendismo respecto de las otras visiones socialistas es precisamente esa cultura popular que toma fuerza rompiendo con el paternalismo (Salazar, 1999) que las élites gobernantes y poseedoras del capital habían construido en torno a las clases populares. El afán civilizatorio de los sectores acaudalados, heredado desde las costumbres decimonónicas, se ve cuestionado por las masas sociales que se comprenden así mismas como un “otro”, es decir, como una clase social.

Esta nueva percepción del individuo popular se sostiene mediante la figura del “actor social” el cuál para Touraine (1981) corresponde al principal ente del desarrollo de la modernidad. En resumidas cuentas, el actor social tiene la misión de forjar su destino, de modificar la vida social en la cual está inserto³⁰.

Ahora, Salazar (1999) nos presenta la figura del actor social siguiendo la línea de Touraine, señalando:

“¿Quiénes son los protagonistas en el acto de la vida? ¿Quiénes son los que hacen la Historia? La modernidad respondió a estas preguntas señalando que éstos son los individuos que tienen conciencia de sí mismos, una conciencia que los lleva a

³⁰ Salazar, G. Pinto, J (1999) Historia contemporánea de Chile II: Actores, Identidad y Movimiento. LOM Ediciones, Santiago de Chile.

tener la voluntad de influir sobre su “yo y su circunstancia”, asegurando, por medio de sus actos, la protección y extensión de su libertad.” (Salazar, G. 1999, pp 93)

Desde la presente cita, es importante destacar el desarrollo de una conciencia propia por parte de los individuos, es decir, el hecho de que construyan una realidad en base a su determinación como parte de una colectividad. La noción de los individuos de la existencia de un otro que puede ser considerado un igual en tanto carencias y dificultades impuestas por el modelo en el cual estos se encuentran insertos, alimenta la construcción de una idea generalizada respecto de los sectores explotados en la lógica capitalista. Dicha universalización de la idea de los sectores populares constituye en sí la lógica de clase, particularmente una clase proletaria-rural.

Ahora, nuevamente apoyándonos en Salazar (1999) la reacción de las élites busca apaciguar la creciente efervescencia social mediante la implementación de medidas sociales, es decir, mediante la creación de leyes e instituciones que aseguraran un cierto nivel de bienestar en la clase obrera. Para lo cual el autor destaca lo siguiente:

“Primero, había que alejarlo del marxismo, del anarquismo, de la creencia de que podían decidir sus propios destinos a través de la derrota de las jerarquías sociales existentes. Había que darles leyes sociales y mejorar sus horribles condiciones de vida.” (Salazar, 1999, pp 52)

Los esfuerzos de la clase dominante por mantener su posición de privilegio a través de una suerte de “contrato social”³¹ en el cual se hacía entrega de un espejismo de dignidad al proletariado exaltado a cambio de la tranquilidad social convenció en cierta medida a las ma-

³¹ El concepto en cuestión no busca hacer referencia a la obra de mismo nombre de Jean-Jacques Rousseau, si no que intenta explicar los lineamientos de las relaciones entre la clase dominante y los sectores populares en torno a la articulación de una serie de “acuerdos” asimilados y normalizados por los últimos.

sas, las cuales durante gran de la década de 1940 y parte de la de 1950 se presentan como un gigante dormido que poco a poco va fijando su mirada en el proyecto construido por parte del PS, y en gran medida la presencia del PC a pesar de su proscripción, en torno a la construcción de un socialismo popular.

La formación de una clase ajena al escenario político de oposición cimenta las tensiones que los partidos marxistas desarrollarían respecto de las dificultades vividas por los sectores populares. De cierta forma haciendo estos de portavoz de las demandas sociales, permitirían así la antes mencionada simbiosis entre los partidos y los sectores obreros. Por consiguiente, el rol de la clase obrera en el desarrollo de nuevas posturas respecto de la sociedad al interior de los partidos es fundamental.

Ajeno a este escenario, la organización obrera por sobre los partidos políticos era un hecho en la realidad chilena, claro ejemplo de esto es la fundación de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en 1953, la cual define su creación con la finalidad de “organizar a todos los trabajadores de la ciudad y el campo sin distinción de credos políticos o religiosos, para luchar en contra de la explotación del hombre por el hombre”³², por lo tanto, busca la unión de los grupos abandonados por el capitalismo voraz y plantea la extinción de las relaciones de explotación laboral.

Salinas (1980) destaca tres puntos fundamentales que permitirían entender como la CUT se posiciona en tanto su función protectora respecto del individuo proletarizado:

1° La CUT debe conservar su plena independencia de todo Gobierno, sea este cual fuere, y de todo sectarismo político-partidista, en su acción específica, lo sindical o gremial.

2°. La CUT debe interesarse y actuar en todos los problemas de carácter colectivo o nacional, y en este sentido no es apolítica, sino que, por el contrario, eminentemente política, ya

³² Orgánica de la CUT, febrero de 1953. en Salinas, M. “*Clotario Blest*”, 1980, Editorial Ilustrada, Santiago de Chile.

que deberá conjugar todas las fuerzas del proletariado para dar solución desde el Gobierno a los problemas de la colectividad, y en especial aquellos de la clase trabajadora, de acuerdo con su Declaración de Principios y Plataforma de Lucha.

3° La CUT establece como principio irredarguible para realizar esta acción reivindicativa, de que solo los trabajadores por sí mismos, podrán emanciparse integralmente de la explotación del régimen capitalista. (Salinas, M. 1980, pp 199)

La representatividad obrera recae en instituciones sociales cuando los derechos fundamentales no son asegurados por la clase gobernante, es así como el combate contra los gobiernos reaccionarios se concentra desde la construcción de entidades que permitan la permanencia de los derechos y la dignidad de la clase proletaria. El ejemplo antes mencionado referente a la CUT aboga a la necesidad de un pueblo apaleado de encontrar refugio ante la adversidad con aquellos en la misma condición oprimida. Esto último favorece la construcción de la identidad colectiva de clase y, por consecuencia el desarrollo de una cultura única en torno a los valores populares.

Ahora, la concepción en torno a la cultura popular puede concebirse de dos formas que Chartier (1994) explica de la siguiente forma:

“A riesgo de simplificar en exceso, podemos remitir las innumerables definiciones de la cultura popular a dos grandes modelos de descripción y de interpretación. El primero, deseoso de abolir cualquier forma de etnocentrismo cultural, concebía la cultura popular como un sistema simbólico coherente y autónomo, que funcionaba según una lógica absolutamente extraña e irreductible a la de la cultura literaria. El segundo, ávido de remarcar la existencia de las relaciones de dominación que organizan el mundo social, percibía la cultura popular en sus dependencias y sus

carencias en relación a la cultura de las clases dominantes.” (Chartier, R. 1994, pp

1)

Tomando por base esta última, la sociedad chilena durante la mayoría del siglo XX responde a la segunda idea que plantea el autor, si bien se puede pecar de simplista y reduccionista con la siguiente afirmación, la historia contemporánea de Chile se centra en una primera instancia en las relaciones y condicionamientos de clase que la explotación capitalista heredada del siglo XIX conllevan.

Es así de forma específica que la construcción de la cultura popular responde a una resistencia hacia las relaciones impuestas hasta ese entonces, la cual se ve canalizada a través del interés de la política partidista de izquierda en los procesos sociales. Bajo dicha lógica la idea de allendismo explicada con anterioridad, cobra sentido en tanto necesidad de forjar en base a un conglomerado de ideas una sola visión que acompañe los procesos sociales. Si bien el ejemplo del PS evidencia una cierta inestabilidad dada la multiplicidad de postura que componen su militancia. La figura de Salvador Allende y la conquista de los sectores populares afianzaron la posibilidad de un verdadero cambio construido bajo el real interés de un proyecto político en la realidad de la vida cotidiana de las clases populares.

Ahora bien, a modo de clausura de este capítulo, es importante recapitular las intenciones propuestas en torno a lo expuesto en el mismo. En primer lugar, la transformación que sufrió el PS a través del siglo XX radica en primera instancia en la construcción de un socialismo democrático que poco a poco entrada la década de 1960 concreta su postura marxista-leninista. Y, paulatinamente, dicha situación enfrenta una naciente corriente revolucionaria con la construcción de una contradicción democrática en torno a la formación de la idea de un gobierno popular. En un segundo lugar, y acompañando esta última idea, la formación de la figura del actor social responde a este interés sostenido por los partidos políticos de izquierda en torno a los procesos sociales, lo que fortalece la creación de entes de influencia y forjadores de consciencia respecto de esta masa social que poco a poco constituía su identidad como clase. En tercer y último lugar, Allende y la construcción del gobierno po-

pular responden a una serie de factores fundamentales que abarcan desde el clima de polarización global, las experiencias revolucionarias latinoamericanas y el propio Estado chileno como artífice de una serie de episodios de represión a expresiones y/o revueltas sociales constituidas desde la clase obrera. La idea del allendismo como respuesta pacífica e institucional a las dificultades que el pueblo chileno vivía. Sumado a esto último, la concepción de una respuesta democrática a la conquista socialista del poder arrastro consigo la inherente idea de la abstracción de la figura de Allende como un rasgo cultural más de la ola que se acercaba al sillón presidencial, lo cual permite afirmar de forma tajante que el allendismo es un fenómeno cultural que es extrapolado al campo político con la intención de marcar precedente en la historia, constituyéndose así la vía chilena al socialismo.

Capítulo III: Dictadura y Crisis, el análisis de los errores cometidos en el gobierno popular y el proceso de renovación ideológica del PS

Considerando las antiguas nociones de la corriente socialista chilena tales como que desde su fundación en 1933 se declara marxista y “acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos y revolucionarios del constante devenir social”³³

Manteniendo la línea anterior, Velázquez (2020) logra distinguir dos procesos particulares que pueden ser considerados como puntos de inflexión ideológicos respecto a las influencias que constituían el pensamiento socialista al interior del partido. En primer lugar, destaca la “leninización”, nacida en 1950 desde la crítica de algunos sectores militantes respecto a las alianzas establecidas con anterioridad con el centro político, esto último acompañado de la lenta avanzada del partido hacia la teoría revolucionaria. La cual es sostenida por Moulian (1982) como la productora de un abandono paulatino del ideario teórico original nacional-popular, lo que conllevar con una cierta ruptura con las bases primarias del partido. En segundo lugar, la denominada “guevarización” de las filas del partido, idea que se ve sostenida bajo las crecientes experiencias guerrilleras experimentadas a lo largo de la región de mano, por ejemplo, de Ernesto “Che” Guevara. Esta última se vuelve una realidad en 1967 a través del XXII Congreso General del PS en el cuál este, a diferencia de 1933, se autodenomina marxista-leninista. Este salto ideológico propicia la apertura hacia posturas de corte revolucionario.

Agrupando lo anterior el autor sostiene la siguiente afirmación:

“Lo cierto es que el PS atravesaba un complejo debate respecto a las estrategias para conquistar el poder, en el que se enfrentaban, por un lado, sectores que adhe-

³³ *Declaración de Principios del PSCh*, En: Revista *Consigna* N° 1. AISA. Pág. 1.

rían férreamente a la vía electoral, y por otro, quienes proponían la necesidad de prepararse para la lucha armada” (Velázquez, B. 2020, pp 2)

Las tensiones ideológicas al interior del partido se mantuvieron camino a las elecciones de 1970, incluso con la UP como bloque político constituido. Situación que se mantendría durante el primer decenio de la dictadura de Pinochet.

A tres años de iniciado el gobierno de Salvador Allende, el proyecto nación propuesto por la Unidad Popular se vio truncado por el golpe de estado perpetrado por las FF.AA. y de Orden al mando del General Augusto Pinochet. Se instaura una dictadura presidida por una Junta Militar. Se da inicio a un periodo de terror sostenido bajo la persecución y ejecución de aquellos considerados enemigos del estado, principalmente militantes de partidos de carácter marxista. Se legitima dicha acción bajo la idea de restaurar el orden que el gobierno de Salvador Allende había menoscabado, todo esto bajo la lógica antimarxista que acompañaba las operaciones de la Junta, al menos en sus primeros años. Por lo tanto como afirma Rojas

“La izquierda pasó a formar parte de la oposición-resistencia contra la dictadura durante diecisiete años. Por ende, el proceso renovador de la izquierda chilena fue un camino determinado por diversas derrotas, por una severa autocrítica interna y por una constante represión, clandestinidad y exilio.” (Rojas, 2017, pp 8)

De lo antes expuesto, se puede desprender la idea de una corta fase de transformación forzada al interior de la izquierda en Chile. El contexto de crisis socio política y la persecución del sector conllevaron a la reformulación de muchos postulados establecidos mediante el allendismo en los años anteriores a la experiencia de la UP. El 11 de septiembre marcaría un punto de inflexión dentro de los partidos. En primer lugar, se presenta la necesidad ur-

gente de comprender las causas profundas de la derrota sufrida por el gobierno popular de Salvador Allende y de la transición chilena al socialismo. Corvalán (2001) resume de forma precisa el contexto en que la política partidaria de izquierda se ve sumida durante los 17 años de dictadura:

“Con el golpe militar de septiembre de 1973 se abrió un periodo de profunda crisis en la izquierda chilena, la que se manifestará con mayor fuerza entre los sectores que posteriormente darán origen a la renovación socialista, es decir, el PS, los MAPU y la IC, así como también los sectores intelectuales vinculados a ellos.”
(Corvalan, L. 2001, pp 411)

¿Qué ocurrió con el PS?

Dado que nuestro estudio se centra casi exclusivamente en el caso del Partido Socialista se buscará entablar algunas nociones respecto a que sucedió con este y las decisiones que sus militantes sobrevivientes a la masiva ola de asesinatos perpetrados por agentes de las F.F. A.A. y de Orden, además de aquellos que actuaron desde el extranjero con la finalidad de re articular una oposición socialista al régimen.

Para Altamirano, la conquista del poder por parte de los militares provocó una turbulencia social orientada a un cambio de un elemento fundamental en las bases de la construcción del gobierno popular, se buscó re articular la noción colectiva de clase hacia una fundamentada en el mercado, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“La derrota del movimiento popular, en septiembre de 1973, configura un hito inolvidable en la historia de Chile. De una parte, marca el término de una larga evolución social y política que concluyó en la fundación de la democracia burguesa más avanzada de América.” (Altamirano, C. 1977, pp 265).

El desmoronamiento del principal eje del gobierno de Salvador Allende generó un caos al interior del PS, lo que terminaría por iniciar un proceso de fragmentación que tendría por máximos referentes a Clodomiro Almeyda, representando la postura revolucionaria articulada en 1967 y por otro lado, Carlos Altamirano, el cual buscaba reconstruir el partido en torno a la vía democrática sostenida en la renovación, estableciendo por primera vez un distanciamiento con los idearios allendistas.

En un principio Del Campo nos entrega una certera afirmación respecto al ambiente dentro de las relaciones al interior del partido “especialmente entre 1973 y 1989, la historia del partido ha estado marcada por un proceso continuo de fragmentación y faccionalismo”³⁴

Por lo que no es extraño afirmar que “la crisis interna desembocó en la división del partido (1979) en dos grandes vertientes de pensamiento (renovados-ortodoxos)”³⁵ las cuales se ven de cierta forma enfrentadas en torno a la postura que el partido debía tomar frente a la crisis y de qué manera se iba a generar una solución.

Durante finales de la década de 1970 y gran parte de la de 1980, la formación de dos frentes teóricos terminó por fragmentar el PS entre aquellos que estaban de acuerdo con una renovación y aquellos que proponían la ortodoxia marxista en torno al actuar respecto del escenario de clandestinidad al que se enfrentaban. No hay que olvidar que las divisiones al interior del PS se encontraron en su totalidad sostenidas en diferencias ideológicas entre sus miembros a la hora de insertarse en decisiones políticas relevantes para la democracia chilena. Como ejemplo la antes mencionada fundación del Partido Socialista Popular a raíz de la aprobación por parte del PS de la proscripción del PC durante el gobierno de Gabriel González Videla. Sin ir más lejos, lo acontecido durante el Congreso general de 1967 y la salida de Ampuero, conllevando al fin de una era de construcción de nuevas miradas del socialismo.

³⁴ (DEL CAMPO, Esther (1995), *El Partido Socialista chileno: Una larga historia de faccionalismo*, En: LÓPEZ NIETO, Lourdes (1995), *Política faccional y democratización*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

³⁵ Rojas, M (2017) *La renovación de la izquierda chilena durante la dictadura*, Piso Diez Ediciones, Santiago de Chile

Posterior al impacto del 11 de septiembre, diversos militantes e intelectuales de los partidos de la UP como Arrate, Garretón, Tomas Moulian, o el mismo Altamirano, optaron por dedicar su obra al análisis de aquellos episodios o acontecimientos que evidenciaban las fallencias, y por consecuencia, la caída del o fracaso de la transición socialista en Chile. Este periodo de clandestinidad y persecución de la izquierda durante los primeros años de dictadura implicó, sin duda, la necesidad de una renovación ideológica y teórica que propiciara la capacidad de enfrentar esta nueva situación. Esto implicó una revalorización de la democracia y la necesidad de diseñar una estrategia de transición para la restauración del sistema democrático en Chile, dejando a un lado la oposición entre socialismo y democracia.

Por lo tanto, los antes mencionados intelectuales centraron sus esfuerzos en el análisis de la derrota acaecida ese trágico 11 de septiembre. En torno a esto Corvalán (2001) presenta cuatro puntos clave desde las conclusiones de los autores:

- 1) *La UP fue derrotada por su incapacidad para generar una mayoría social y política en su favor*
- 2) *Ello, a su vez, resultó en una visión teórica que ponía el acento en la conquista del poder total, desvalorizando de hecho a la democracia, a la que se concebía como un mero campo de acumulación de fuerza.*
- 3) *Lo anterior, a su vez, sería el producto de un tipo de marxismo predominante en la izquierda chilena, basado en paradigmas que eran muy distintos a la realidad nacional, de donde necesariamente tiene que producirse un desencuentro entre la teoría de la izquierda y las realidades del país.*
- 4) *Es necesario prescindir de los marxismos en uso en la izquierda puesto que ellos no permiten articular socialismo y democracia ni, por tanto, hacer posible la constitu-*

ción de una base suficientemente amplia para la lucha por la constitución democrática. (Corvalán, L. 2001, pp 416)

Es de suma importancia el cuarto y último punto de lo antes destacado por los autores, puesto que se cimenta la idea de abandonar los marxismos utilizados durante el gobierno popular producto de la contradicción generada al unir tanto socialismo con la democracia chilena. La particularidad que ya antes hemos mencionado en el presente escrito radica en el fenómeno cultural que arrastró la construcción del allendismo durante los tres primeros años de la década de 1970.

El proceso de Renovación:

En el caso particular del Partido Socialista, Kenneth Roberts³⁶ plantea que la renovación de este responde a tres factores determinantes. En primer lugar, una crisis de sentido, es decir, la desintegración del socialismo como modelo para la construcción de una sociedad, la cual encuentra como solución la democratización del mismo. En segundo lugar, se plantea una crisis de estrategias, puesto que la idea de alcanzar el socialismo pleno requería unos medios que la condición de excepcionalidad en la que la política chilena se sumía no permitía conseguirlo. En tercer lugar, el último escenario de crisis que el autor planea gira en torno al denominado agente de cambio o como fue mencionado con anterioridad, el denominado actor social, puesto que el terror instaurado por Pinochet y la Junta Militar terminó por generar una profunda transformación en el sujeto cultural, lo cual culmina con la construcción del sujeto como parte del mercado.

Así, esta exigencia de readecuación a las nuevas condiciones llevó a un profundo proceso de renovación expresado en la idea de un socialismo democrático diferente al existente en los países con el llamado socialismo real. Desde ahora en adelante es posible hablar de una nueva división al interior de las filas del partido, una que enfrentaba a dos posturas antagónicas que se han arrastrado como una constante tensión, se trata de la democratización so-

³⁶ Kenneth Roberts, *Renovation in the Revolution? Dictatorship, Democracy, and Political Change in the Chilean Left*, Working Paper, No. 203, Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies, 1994, pp. 1-36

cialista y la revolución socialista. Desde estas dos miradas comienza a construirse la rearticulación del socialismo chileno, lo cual da inicio a la fase de transformación ubicada entre 1979, con el seminario de Ariccia y victoria de la democracia posterior a plebiscito de 1988.

Respecto a lo antes mencionado, cabe destacar que no existió una inmediatez del abandono de los marxismos tradicionales al interior del partido, sino que al contrario la presencia del carácter leninista de este se mantuvo constante al menos durante la presencia de Altamirano como cabeza del mismo. Si bien el PS no contaba con un respaldo de redes internacionales, como si lo tenía el Partido Comunista, las reflexiones concebidas al interior del gobierno popular fueron reacondicionadas por Altamirano. Este último se tornó el principal representante de las ideas revolucionarias al interior de la clandestinidad del partido, esto puede corroborarse bajo las siguientes citas:

“Ejemplo de ello, son las declaraciones de Altamirano en una reunión realizada en Italia en 1975 en donde sostuvo que la dictadura estaría aislada pero no caería por una falta de oposición organizada, por lo que abogaba por la “radicalización de la lucha antifascista”, por “acumular más fuerzas que el fascismo y emplear todas las formas de lucha”, recalcando que en la fase superior del proceso, “seguramente formas de lucha armada constituirán el factor decisivo en la victoria final” (Perry, M. 2018, pp 13)

El primer paso hacia la transformación se gesta en el seminario de Ariccia (1979) bajo la organización de Lelio Basso (senador socialista italiano) y Raúl Ampuero, en busca de reorganizar las fuerzas socialistas chilenas para así dar inicio al proceso de transformación interna. Para centrar nuestros esfuerzos en el análisis limitado del proceso de renovación y, con la intención de evitar redundar en el mismo acontecimiento nos centraremos en las pro-

puestas establecidas en el 1er informe del seminario y, de ser necesario se estipulará la presencia de detalles extraídos del 2do informe redactado en enero de 1980.

A modo de acercamiento inicial a las ideas propuestas en Ariccia en 1979, Ampuero entrega una serie de nociones las cuales pueden ser evidenciadas en las siguientes citas:

“Luego de la terrible derrota de 1973 (y resultaría bastante ocioso detenerse a averiguar si fue táctica o estratégica), y de los cinco años transcurridos desde entonces sin progresos visibles en la lucha contra la dictadura, una nueva ocasión pareciera presentarse para que las fuerzas socialistas jueguen un papel decisivo. Lo ha impedido hasta ahora, a nuestro modesto juicio, la falta de un diálogo riguroso y desapasionado entre las agrupaciones que hunden sus raíces en una tradición relativamente homogénea, y la persistencia de un tipo de relaciones interpartidistas, en el seno de la izquierda, que pareciera ignorar los profundos cambios acaecidos desde el golpe chileno...” (Ampuero, R. 2002, pp 223)

“Un segundo elemento que sirve de marco a la iniciativa es la naturaleza clasista y revolucionaria del socialismo. Para darle un mínimo de coherencia a nuestro encuentro se ha evitado caer en una concepción excesivamente ambigua y genérica, que en algunos momentos de la historia permitió llamarse "socialistas" a muchos filántropos y a no pocos acróbatas del lenguaje. Sin caer en discriminaciones doctrinales, la invitación se ha extendido a quienes suponemos comprometidos en la lucha por una transformación revolucionaria de nuestro país, que implique el traspaso a la sociedad de los medios fundamentales de producción actualmente en manos

privadas, bajo la dirección de un Estado que refleje la hegemonía de la clase obrera.” (Ampuero, R. 2002, pp 223-224)

Ahora bien, comprendida la intención de incluir a aquellos considerados verdaderos socialistas, el seminario cumplió la función de establecer una visión única en torno al accionar del partido de cara al decenio de la dictadura. Ahora bien, para conseguir generar una oposición robusta y centrada, el autor destaca los siguientes puntos:

En primer lugar, la construcción de una fuerza de masas, la que consistía en “la necesidad de activar esta latente inclinación de las masas a ver en el socialismo la vía de una independencia real del país y, simultáneamente, el instrumento de emancipación de las clases explotadas”³⁷, es decir, la rearticulación de un socialismo de masas sostenido en la oposición del régimen. En segundo lugar, la autonomía ideológica revelaba la necesidad de construir un socialismo propio, es decir, ignorar la internacionalidad del mismo apoyándose en lo nacional, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“...concebir la transición al socialismo como un proceso variado y múltiple, estrechamente condicionado por las características y factores nacionales, lo que inducía a rechazar cualquier patrón único o modelo universal, tanto en la conducción de la lucha por el poder como en la configuración de la nueva sociedad y del Estado.”

(Ampuero, R. 2002, pp 225)

En tercer lugar, respecto a la elaboración singular se puede aseverar que la búsqueda de una particularidad al interior del partido es esencial para la reconstrucción del socialismo, teniendo en cuenta la necesidad de entender el marxismo no como un conjunto codificado de

³⁷ AMPUERO, R. (2002). El Socialismo chileno 1917–1996. Santiago, Ediciones Tierra mía.

preceptos inmutables, sino como un método de análisis, una concepción de la sociedad y de la historia, una guía para la acción.³⁸ En cuarto lugar, el desarrollo de las tareas socialistas proponen la idea de insertarse en la denominada democracia burguesa sin esperar que esta complete su desarrollo, tal y como había sido el accionar del partido hasta la fecha. Lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“Contra la arraigada concepción dualista que se negaba a formular demandas socialistas en tanto no culminara plenamente la fase del desarrollo democrático burgués, el programa formula las primeras indicaciones para concebir el proceso como una transformación global de la sociedad, en cuyo curso las tareas inconclusas de la revolución burguesa se anudan y complementan estrechamente con las tareas socialistas” (Ampuero, R. 2002, pp. 226).

En quinto lugar, la idea de restablecer la coherencia busca reconstruir la fortaleza ideológica en las filas del PS, además de evitar la existencia de un latente separatismo, lo cual queda explicitado en la siguiente cita:

“Es aquí, tal vez, donde encuentra su justificación mayor este seminario. Si el área socialista, a corto o mediano plazo, es un factor indispensable del proceso revolucionario chileno, parece urgente restablecer su coherencia ideológica y política, impidiendo que las tendencias separatistas y centrífugas terminen por anular su robusta presencia en los acontecimientos actuales y futuros. El problema, por supues-

³⁸ Ídem pp. 225.

to, no es simplemente disciplinario ni se reduce a cuestiones menores, susceptibles de encapsularse dentro de las cuatro paredes...” (Ampuero, R. 2002, pp. 227)

En sexto lugar, la construcción de una visión común acompaña las ideas antes expuestas y fortalece los lineamientos del partido de cara a la formación de una vía que permita confrontar el escenario adverso en el cual se desarrollan estas ideas. Ahora bien, establecer una única mirada habla de un partido homogéneo pero, que busca la necesidad de esclarecer los intereses individuales al interior de la militancia. También es necesario recordar la descripción del partido como uno de “líneas” con una multiplicidad de concepciones respecto al socialismo, las cuales obedecen a la voluntad democrática de las decisiones al interior del partido. Ampuero (2002) expone esta idea de visión común de la siguiente manera:

“Si en el curso de nuestro diálogo alcanzamos un alto grado de convergencias, surgirán otras cuestiones. Dos de ellas, al menos, ya implícitas en el espíritu mismo de la convocatoria, se hace necesario enunciar. Una se refiere a las formas de trabajo encaminadas a dar creciente espesor y coherencia al área socialista como sujeto político. Tarea no fácil, pero tampoco imposible, en la medida que se entienda como una actividad asociada al combate unitario contra la dictadura. La segunda, de mayor complejidad y trascendencia, es la adopción de una perspectiva común en la lucha chilena.” (Ampuero, R. 2002, pp 228).

Si bien se entiende que existirán complejidades a la hora de intentar establecer homogeneidad en torno a las ideas, se espera que se logre fijar una finalidad común deduciéndose que esta corresponde a la de derrotar la dictadura de Pinochet.

Como séptimo y último punto, se comprende que el proceso responde a dos frentes de confrontación dispares que pueden representar tanto la ruina como el final de la dictadura. Ampuero (2002) sostiene lo siguiente:

“Las fuerzas de izquierda no podrán escapar a un dilema ineludible: deberán decidirse por conducir una batalla limitada al objetivo táctico de derrocar la dictadura, con la ilusión de ganar tiempo y aliados, o por una batalla de largo aliento, alrededor de un proyecto político que persiga una democracia real y viva” (Ampuero, R. 2002, pp. 228).

Esto último calza a la perfección con la realidad que el PS atravesaba durante 1979, las miradas enfocadas en primera instancia al análisis de la derrota de la UP y sus falencias conllevaban a una consecuencia lógica que intenta rescatar aquellos elementos propios del socialismo que sean una constante en la construcción de la vía revolucionaria. Por otra parte, se sostiene una postura, la cual propone la renovación del ideario socialista, la cual no considera elementos propios de la Unión Popular y, por ende, deslegitima el allendismo y se aboga por la construcción de un internacionalismo a modo de red de apoyo, situación contraria a lo construido por el PS durante su historia.

Los exponentes de estas dos posturas son en primer lugar, Clodomiro Almeyda, partidario del denominado “Documento de Marzo de 1974” publicado por el Comité Central del PS en 1974 en condición de clandestinidad. El texto recopila una serie de nociones del partido respecto de la situación acontecida meses antes durante el Golpe Militar de Pinochet y su junta. Entre estos se sostiene la necesidad de mantener el carácter marxista leninista al interior del partido y establecer el análisis desde este. El sector de Almeyda sostenía además la continuación de la alianza socialista-comunista, la cual representaba una mayoría política al interior del país.

Por el contrario, el sector que profesaba la idea de una renovación se articulaba en base a los postulados antes mencionados por Ampuero (2002) extraídos del Seminario de Ariccia, siendo este encabezado por Lelio Basso con presencia de Carlos Altamirano, artífice direc-

to de la idea de renovación de la identidad socialista, la cual sería expuesta en Chile en principio por Briones, luego por Núñez y finalmente por Arrate. La postura renovadora tenía por base el abandono del ideario allendista y todo lo que la Unión Popular representó en su momento.

En una primera instancia se puede hablar de un movimiento orgánico (Corvalán, 2001) el cual plantea la necesidad de crear “una nueva fuerza socialista que involucrara el tronco histórico del PS y a los sectores surgidos en los años sesenta y setenta (MAPU e Izquierda Cristiana)”³⁹. La búsqueda de la reunificación socialista se establece en 1981 con la formación del Comité de Enlace Permanente, siempre bajo la constante de establecer una renovación. En 1983 se constituye la nueva cara del PS, “confluyendo en él el MAS-USOPO, el PS XXIV Congreso, el Grupo Convergencia 18 de Abril, el PS Humanista, el grupo Los Suizos, un pequeño grupo proveniente del PS de Almeyda y una serie de intelectuales independientes.”⁴⁰ Es en este año que el ahora llamado Partido Socialista de Chile emerge como nuevo actor político, constituyéndose así el proceso de renovación. Por su parte, la fracción dirigida por Almeyda no ingresó al proceso de renovación, es entonces que “conformaron con el PC, el MIR, y otras fuerzas menores, el Movimiento Democrático Popular (MDP)”⁴¹.

Ahora bien, en segunda instancia se puede establecer la existencia de un Movimiento Ideológico. Este responde a la construcción de un proyecto político que renueva las constantes históricas del PS. Abandonando el ímpetu revolucionario, el PSCh intenta desligarse de aquello que lo llevo a la crisis que conocemos, y a través de esto se cimenta la desintegración del allendismo como un rasgo cultural esencial de las luchas popular extrapoladas a la política.

Tal y como se mencionó con anterioridad de mano de Altamirano, la desintegración del actor social como eje de los procesos sociales y su posterior construcción como sujeto de mercado transforman la sociedad chilena desde sus bases. El paulatino tránsito desde el

³⁹ Corvalán, L (2001) *“Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000”* Editorial América en Movimiento, Valparaíso, pp 420.

⁴⁰ Ídem pp 420.

⁴¹ Ídem pp. 421

terror fascista de Pinochet hacia el neoliberalismo de Friedman terminó por derrocar la idea del individuo popular como un ente colectivo e instauró cada uno en su medida la idea del sujeto como uno, es decir, la inherente necesidad de este de entenderse como diferente. El inicio del fin del allendismo encuentra sus raíces en la profunda transformación que Chile sufrió de mano de la imperante democracia burguesa.

La renovación del PS termina por sepultar el interés del partido en las cuestiones de clase y centra sus esfuerzos en conseguir acabar con la dictadura. A su vez, la inserción del mismo al escenario político con una nueva imagen la cual Arrate (1989) define como “un proceso social complejo de profundización y superación sucesiva de las múltiples contradicciones propias de la sociedad capitalista en una dirección democratizadora”⁴². Es en este punto que Corvalán (2001) reflexiona estableciendo que si el socialismo, en palabras de Garretón (1987) ya no es concebido como un tipo diferente de sociedad en torno al capitalismo, si no que se da la tarea de superar las contradicciones de este, la revolución pasa a ser un tema obsoleto y, por ende, es descartado. Lo que se busca entonces es establecer una relación entre el socialismo renovado y la democracia. También como menciona Corvalán, el reformismo es un concepto esencial a la hora de comprender este nuevo socialismo, lo que manera tajante rompe con las ideas pre dictadura.

Respecto a la identidad clasista del PS, Arrate menciona que “el desafío central del socialismo es conquistar grandes mayorías compuestas por todos aquellos sectores y grupos postergados por la dinámica de la sociedad capitalista.”⁴³ Lo que cobra sentido a la hora de realizar un análisis de la derrota de la UP en torno a la no conquista de la mayoría política dada la intencionalidad del PS y en particular de Allende de posicionarse como representante de las clases populares, obviando a las clases medias y la latente presencia de los sectores acaudalados. Por lo tanto, el renovado PSCh proponía la idea de ampliar el rango de acción del partido evitando caer en el simplismo de representar de forma clasista un único sector de la población, es así como entonces “llegaba a su fin la originaria concepción se-

⁴² Arrate, J. (1989) “*Razón y pasión del socialismo chileno*”. Ediciones del Ornitorrinco, Santiago de Chile, p. 104.

⁴³ Ídem, pp 108.

gún la cual el PS era un partido que expresaba políticamente a los trabajadores como clase”⁴⁴.

Como cuarto y último punto en torno a la ideología del PSCh, Corvalán (2001) expone la superación del eje comunista-socialista como un último bastión del ideario marxista-leninista el interior de las filas del partido. Por lo tanto se sostiene un “reemplazo por un eje con el centro demócratacristiano”⁴⁵ en la búsqueda de las “mayorías sociales y políticas”⁴⁶. Las esperanzas del PSCh residían en el “superar el viejo esquema de tres tercios que había caracterizado la política nacional”⁴⁷ durante gran parte del siglo XX.

La nueva aproximación política del partido respondía al desarrollo de la centroizquierda, lo que se alejaba aún más de las nociones pre dictadura. Ahora bien, la nueva alianza con el centro dice Corvalán (2001) no podía ser considerada como un accesorio del discurso político, sino que tenía que “aspirar a una nueva participación igualitaria y a un rol conductor en la constitución... nacional de los cambios”⁴⁸

Ya a finales de los ochentas, la porción de socialistas renovados equiparaba a los denominados almeydistas. Las proyecciones futuras de un socialismo anticapitalista se veían cada vez más lejanas en contraposición de la idea de establecer nuevas relaciones políticas que el PSCh había puesto sobre la mesa. La cercanía del PS renovado con el centro político liderado por el Partido Demócrata Cristiano forjaba las relaciones de cara a la formación de alianzas políticas y de la creación de una incipiente concertación. El objetivo de la construcción de un bloque político inclinado hacia las soluciones democráticas era crear las condiciones que “permitiera una salida pactada del régimen militar”⁴⁹

⁴⁴ Corvalán, L (2001) “*Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000*” Editorial América en Movimiento, Valparaíso, pp 423.

⁴⁵ Ídem.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Ídem.

⁴⁸ Arrate, J (1985) “*La fuerza democrática del ideal socialista*”, Ediciones Ornitórrinco, Santiago de Chile, pp 67

⁴⁹ Corvalán, L (2001) “*Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000*” Editorial América en Movimiento, Valparaíso, pp 424.

En 1989 se celebró el XXV Congreso del PS, compuesto esta vez por el sector renovado. Es en esta instancia que se concretó la necesidad de forjar una alianza política con el PDC. Además, rompiendo con todo aquello que representaba históricamente al Partido Socialista, se plantea la incorporación de partido a la Internacional Socialista, lo que representaba el fin de su origen reacio a unirse a organizaciones internacionales, lo que habla de una apertura a las consideraciones extranjeras respecto de cómo debía el PSCh actuar frente a las realidades nacionales. Entonces es posible aseverar que el partido, o más bien su sector renovado, buscaban acabar con la herencia pre dictadura y, por consecuencia con el ideario allendista. Ya en 1990 un debilitado PS Almeyda opta por la reunificación con el sector Renovado, la crisis del PC constituida principalmente por la caída de la Unión Soviética terminó por quebrar la principal fortaleza del sector almeydista. Una vez reconstituido el PSCh como un partido único, la construcción del proyecto renovador se ve concretada. Lo cual queda expreso en palabras de Escalona (1999) en la siguiente cita:

“La división del socialismo chileno también influyó muy desfavorablemente en el curso de los acontecimientos. Faltando 48 horas para el término de la década, el 29 de diciembre de 1989, con Patricio Aylwin ya electo Presidente, se realizó el acto político de reunificación... Habían pasado diez años de agudísimas divisiones que nos arrojaron a una década de dispersión y debilitamiento... Nos precipitamos a sucesivas divisiones que nos acercaron a nuestro auto extenuación, en el esfuerzo de hacer prevalecer una orgánica por sobre la otra... con ellos se mermó decisivamente el peso y la gravitación del mundo popular, progresista y de izquierda en el tipo de salida de la dictadura a la democracia. La división del socialismo fue decisiva a la hora de instalarse la hegemonía de centro en una etapa fundamental de recuperación democrática... la recomposición de la fuerza unitaria del socialismo fue un avance enorme para la democracia, pero llegó tarde.” (Escalona, C. 1999, pp. 54)

Respecto a esto último, refiriéndose a lo tardío del proceso de reunificación, Ortiz (2007) se pregunta “¿qué fuerzas, aparte de las que actuaron en el mediano plazo, operaron en la coyuntura como factores desencadenantes de la tan anhelada unidad, postergada permanentemente, e hicieron que ésta se precipitara tan rápido?”⁵⁰. El mismo Escalona sostiene que “el dramático quiebre de abril-mayo de 1979 no se justificó históricamente”⁵¹ puesto que la inminente caída de la Unión Soviética y, por consecuencia de su bloque de aliados incluidos el PC, significó una crisis total en torno a la visión marxista-leninista del bloque almeydista. Sin una vía clara hacia la construcción revolucionaria del socialismo, teniendo por base el fracaso de los intentos del Partido Comunista y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el PS no renovado no tiene más remedio que unirse al proceso de renovación de Altamirano y compañía. Sumado a esto, una vez electo Patricio Aylwin imperó la reunificación del PS con la finalidad de agilizar el diálogo

Corvalán (2001) plantea la idea de la posibilidad de presenciar un real cambio de identidad, lo que puede explicarse desde la conformación misma del PSCh reunificado y los postulados que Altamirano y compañía establecieron en Ariccia en 1979. Es posible hablar también de una cierta inclinación a postulados propios de la socialdemocracia, puesto que a semejanza de lo expuesto por el PS Renovado “ya en el Programa de Godesberg, aprobado por la social democracia alemana, se sostuvo que el socialismo consistía en un conjunto de valores a realizar –básicamente la democracia, la libertad y la solidaridad-”⁵². Además, similar al caso alemán, el sector Renovado presenta un abandono del carácter obrero en su composición ideológica y práctica.

A modo de cierre del capítulo, sería pertinente llevar a cabo una reflexión en torno al concepto que atañe al presente escrito en contraposición a lo expuesto en el presente capítulo. La construcción cultural que conlleva el allendismo depende en su totalidad de los sujetos

⁵⁰ Ortiz, E. 2007 “*El socialismo chileno desde Allende a Bachelet (1973-2005)*”, Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, pp. 365.

⁵¹ Escalona, C. 1999, “*Una transición de dos caras*” LOM Ediciones, Santiago de Chile, pp. 54.

⁵² Corvalán, L (2001) “*Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile: Izquierda, centro y derecha en la lucha entre los proyectos globales. 1950-2000*” Editorial América en Movimiento, Valparaíso, pp 425.

sociales que la porten. Con esto se busca establecer una relación directa con el fenómeno político y social que fue la candidatura de Salvador Allende y todo lo que esto representó antes y durante de su gobierno. Por lo tanto, es posible hablar de un abandono del ideario allendista en una realidad política y social dispar.

En primer lugar, crisis política e ideológica a la que aluden los intelectuales socialistas responde a las falencias que un gobierno que no conquista las mayorías sociales y que además presenta una inestabilidad en torno a las miradas que sus militantes y colaboradores tiene como finalidad. Con esto se busca afirmar que uno de los principales factores que movilizaron esta renovación ideológica y política, además de la rearticulación de la imagen del partido, es en su esencia la cantidad de posturas y visiones del socialismo al interior de la Unidad Popular, situación que ha sido una constante dentro del bloque político de izquierda. Ahora bien, la articulación de un conglomerado anticapitalista en 1970 demuestra la intención de los partidos marxistas o populares de constituir una única mirada, esta sostenida en la seguridad y compromiso que representaba Allende y la vía chilena al socialismo. Por lo tanto, si dicha seguridad se vio traicionada y conllevó a la crisis y persecución acaecida durante los setentas no es de extrañarse la consecuencia lógica a la que el partido y sus restantes militantes llegaron, la cual es el abandono de todo aquello que los colocó en dicho predicamento, es decir, todo lo que la UP representaba y, por consecuencia lo que el allendismo como fenómeno cultural constituía.

En una segunda instancia, el rasgo esencial que conlleva a la transmutación del ideario de Allende a un fenómeno de carácter cultural es la concepción que tienen los individuos como partícipes de un mismo escenario de clase. Con esto se busca legitimar el carácter popular del allendismo sostenido en la noción colectiva de clase que los sujetos sociales predicaban entre sus pares. Sin este último elemento la articulación del denominado fenómeno cultural no puede tomar forma y, por ende perece en la memoria colectiva.

La reorganización de la sociedad desde sus cimientos de mano del régimen militar y posteriormente la transformación económica por parte de los denominados Chicago Boys, y por último la reorganización constitucional mediante Jaime Guzmán, terminaron por mermar los vestigios del carácter político de las clases populares. Si bien no es posible hablar de una participación directa de las masas en la política nacional, la organización y elección de

representantes en todas las formas de colectividad permitieron articular un programa de gobierno pensado en la inserción de sus demandas a la agenda del ejecutivo. Retomando la idea inicial, el eje social de la política se vio desmantelado durante los diecisiete años de dictadura, siendo el producto de esto la creación de una democracia dirigida desde una elite burguesa, la cual aboga por sus propios intereses. Sumado a esto, el abandono del PS de su carácter representativo de la clase obrera nos sume en un escenario de cierta despreocupación hacia/con los sectores populares.

Por último, rescatar la importancia de la democracia como bastión esencial de la construcción de este nuevo socialismo, dado que de cierta manera rescata la necesidad intrínseca del gobierno popular de conquistar el poder a través de las urnas, de manera legítima y con el apoyo de los votantes. Si bien no se puede hablar de una reutilización de conceptos propios del allendismo en este nuevo escenario político de alianzas y re significaciones, si se puede aseverar la necesidad del PSCh de asegurar un futuro protagonismo político de mano de su articulación de alianzas con el centro político. Sin ánimos de establecer relación con la conformación de la UP ni menos con la idea de realizar una comparativa entre ambos procesos, es posible hablar de una cierta continuidad con la idea de formar nexos políticos a modo de bloque que permitan el éxito de proyectos nacionales sostenidos en las victorias electorales, esta vez recopilando las experiencias pasadas.

Capítulo IV: El nuevo Partido Socialista de Chile, la década de esplendor (1989-1999).

Esta nueva década que abría paso a la rearticulación del partido bajo el manto de la renovación y el cobijo de la democracia no estuvo exenta de una característica originaria del mismo, el fraccionalismo. Si bien se puede afirmar que las divisiones internas del partido fueron pulidas y minimizadas a tal punto de que se puede hablar de una cierta homogeneidad en sus filas, la permanencia de idearios divergentes fue una realidad durante la denominada década de esplendor post dictadura. Tal y como afirman Gamboa y Salcedo (2009)

“La reunificación del PS en 1989/1990 no significó el término del divisionismo que durante su historia caracterizó al partido. Por el contrario, junto a la constitución del nuevo partido emergieron diversos grupos internos, que en adelante serían actores centrales en las decisiones de la colectividad. Hacia 1990 eran distinguibles en el PS cuatro grupos principales, los cuales eran a su vez ejes centrales de cada una de las organizaciones que confluyeron en el nuevo partido. Los dos grupos provenientes del “PS-Almeyda” eran conocidos como “La Nueva Izquierda” y el “Tercerismo”. Mientras, desde el “PS Altamirano” llegaron “el Arratismo” nombre que derivado de su líder Jorge Arrate) y el “Nuñismo” liderado a su vez por Ricardo Nuñez.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 674)”.

La llegada de miembros del PS de Almeyda, representó incluir miradas, que si bien no se articulaban desde la radicalidad constituían una postura aun ligada hacia los conceptos propios de la fracción no renovada durante los ochentas. Los autores antes mencionados pro-

ponen una serie de ideas que intentan explicar las tensiones que estos grupos representaron para la fracción renovada:

“El origen de las diferencias entre los grupos que llegaron del “PS-Almeyda” se vincula con tres factores: (a) Disputa por el poder partidario entre los grupos de militantes en el exilio versus aquellos que se quedaron en el país organizando la resistencia contra la dictadura (Nueva Izquierda); (b) Distintos grados de acercamiento al proceso de renovación y de abandono de la ortodoxia Marxista Leninista; (c) Diferencias de clase y socioculturales entre grupos dirigenciales y de militantes, así como la mayor cercanía y comodidad que un grupo, el de mayor nivel sociocultural (el Tercerismo), poseía con las formas tradicionales de la política democrática.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 674-675).

La rearticulación del socialismo y la caída de la dictadura permitieron a muchos exiliados regresar a Chile, lo que de cierta forma potenció la militancia con el ideal renovadas, provocando homogeneidad en tal sector. Los autores sostienen que si bien existía un grado de unidad, el planteamiento estratégico es el principal problema, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“En el caso de los grupos provenientes del “PS-Altamirano”, las diferencias no eran ideológicas, sino más bien estratégicas. Mientras el grupo encabezado por Arrate buscaba acercarse a la identidad y tradición histórica del socialismo chileno –y por ende mantenerse ocupando un espacio de “izquierda”–, el sector encabezado por Núñez proclamaba su simpatía por una socialdemocracia pragmática de

corte europeo y distanciada de la identidad tradicional de la izquierda nacional. Este grupo sostenía, incluso, la necesidad de promover una nueva estructura o partido, más moderno y acogedor, y con menos ataduras ideológicas y simbólicas que el PS previo a 1973.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 675).

Ahora bien, dentro de los grupos expuestos con anterioridad, aquellos provenientes del PS de Almeyda presentaron una cierta estabilidad en torno a su identidad de grupo lo que propició una avanzada de esta facción, un posicionamiento mayoritario al interior del partido, aún más notorio en torno a la integración de nuevos militantes pertenecientes a grupos de rangos etarios menores. En la siguiente cita se busca exponer la fortaleza de los grupos almeydistas a través de la década de mil novecientos noventa, sumado a la influencia que estos pudieron ejercer sobre las decisiones de la colectividad.

“El ejemplo más importante de estabilidad grupal es el del “Tercerismo”, que casi no ha sufrido modificaciones relevantes desde 1990, a excepción de la incorporación de militantes jóvenes o de la salida del dirigente Germán Correa. Por su parte, la Nueva Izquierda ha tenido también alta estabilidad en el tiempo, aun cuando ha sufrido escisiones no menores: (a) A comienzos de los años noventa, un grupo de militantes jóvenes forma la corriente “Generacional” como forma de disputar el poder e influencia de la Nueva Izquierda entre los sectores más radicales del partido; (b) En 1997, el Generacional se une a dirigentes “históricos” asociados a la izquierda partidaria, como Manuel Almeyda o Pamela Pereira y a algunos desencantados de la Nueva Izquierda, para formar un nuevo grupo conocido como “Colectivo de Identidad Socialista”; (c) En el año 2005, un grupo de militantes encabeza-

dos por Gonzalo Martner y Arturo Barrios, descontentos con la conducción de Camilo Escalona, fundan el “Nuevo Socialismo”. En cualquier caso, ninguna de estas escisiones afectó el núcleo central de conducción del sector.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 675).

Por su parte, los sectores renovados frente al retroceso que sus representantes habían sufrido en temas de influencia y construcción de propuestas. Sumado a esto, la constante a la baja a la hora de insertar miembros de la presente corriente en cargos públicos, forjó la idea de reforzar el ideario uniendo a los dos grandes exponentes de la tendencia. Los autores lo explican de la siguiente forma:

“En cuanto a los sectores “renovados” (Arratistas y Nuñistas), el movimiento entre los militantes que adscriben a ellos ha sido más fluido. En efecto, en 1995, y para contener la baja electoral y de influencia que estaban sufriendo al interior del partido, y probablemente para trabajar de mejor forma en una potencial candidatura presidencial de Ricardo Lagos, estos grupos se fusionaron, creando uno que durante una década fue conocido como la “Megatendencia”. En 2003 este grupo sufrió la escisión de la “Megatendencia de los pobres” (liderada por el ex senador Hernán Vodanovic), la que sin embargo tuvo una vida efímera, ya que muchos de sus miembros o bien volvieron a su grupo original (p.e. el diputado Juan Bustos) o emigraron al PRI, un partido de oposición. Sin embargo, el golpe más fuerte para la Megatendencia se dio en el congreso partidario del año 2005. En dicho evento las posiciones político-estratégicas al interior del grupo se polarizaron, produciéndose su división en partes aproximadamente iguales: una encabezada por el Sena-

dor Núñez y Marcelo Schilling (cercana a lo que era el nuñismo en los años 90) y otra encabezada por los senadores Gazmuri y Ominami (parecido en cuanto a su dirigencia a lo que era el “Arratismo” de inicio de los 90). Actualmente, este sector está en un proceso de convergencia con el “Nuevo Socialismo”, con el que comparte la oposición partidaria en un espacio denominado “Grandes Alamedas”. (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 675-676).”

Analizando las presentes citas es posible aseverar que, en primer lugar existe una estabilidad férrea dentro de los grupos analizados, lo que habla de una percepción común respecto a la identidad que a cada una de las colectividades representa. En segundo lugar, la avanzada del ideario almeydista en torno a la cuestión de influencias al interior del partido, revela una dualidad de posturas referente al actuar que el partido debía ejecutar como miembro de la Concertación. En tercer lugar, y ligado con lo expuesto en el punto anterior, la construcción de estrategias por cada grupo genera un debate dispar entre aquellos identificados con la facción renovada y aquellos integrados a finales de 1989, por lo que es posible hablar de tensiones al interior de la militancia, en lo que respecta a la toma de acciones y de posiciones referentes a un tema particular.

Nociones sobre la composición del PS en la década de 1990.

Tomando lo antes expuesto como base, es necesario apoyarse en el análisis descriptivo que Salcedo y Gamboa (2009) desarrollan a partir de la estructura que los grupos al interior del PS sostienen a lo largo de la década. Las siguientes citas proponen la idea de un partido de relaciones interiores que confrontan sus postulados y decisiones propias en los congresos o reuniones pertinentes, buscando así afianzar la pluralidad de miradas y la resolución de problemáticas:

“Primero, los grupos del PS, incluso los más relevantes, nunca han desarrollado una estructura orgánica burocratizada propiamente tal: no tienen sedes, no manejan recursos permanentes (no obstante sí recaudan dinero informalmente para las campañas internas o las candidaturas al parlamento) ni tampoco existen mecanismos de adscripción formal a ellos (entrevistas de los autores con miembros de Grandes Alamedas y Nueva Izquierda). Más bien, organizacionalmente, los grupos principales del PS se caracterizan por ser redes (estables) de militantes que se agrupan en torno a uno o más líderes con quienes comparten visiones estratégicas dentro del partido”. (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 677).

“Segundo, la propia estructura formal del PS reconoce la realidad del partido en términos grupales. El estatuto partidario admite que al interior del partido pueden existir corrientes de opinión (Art. 51), aun cuando prohíbe la existencia de “Fracciones” y agrega que las corrientes deben ser transitorias y carecer de “disciplina propia”. Consecuente con esto, en las reuniones del Comité Central o en los congresos partidarios se destinan espacios de tiempo para reuniones y toma de decisiones de los diferentes grupos internos. Con esto, queda claro que dentro del PS ellas son comprendidas como una forma de canalizar y resolver los conflictos internos.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 677).

“Tercero, hay un aspecto relevante que merece ser estudiado con mayor profundidad, referido a si esta conformación grupal del PS es transversal a todos sus militantes, o si, por el contrario, sólo se produce al nivel de élites, esto es, si su “coverage” es amplio o limita.... De acuerdo a la información recabada, preliminarmente puede decirse que lo segundo está más cerca de la realidad, ya que en las redes que constituyen los grupos participan pocas personas, las que luego deben desplegar sus recursos para asegurar votos para su grupo.” (Gamboa, R. Salcedo, R. 2009, pp 678).

Sosteniendo el énfasis que los autores realizan respecto de la continuidad del carácter faccionario del partido, es posible afirmar que si bien las divisiones dentro de una colectividad la mayoría del tiempo representan falta de consensos y de estabilidad, en el caso del PS no evidencia un fraccionamiento tal que hable de un partido quebrado. Al contrario, de forma inteligente la colectividad utiliza la multiplicidad de posturas como un mecanismo de resolución de conflictos mediante la discusión en instancias de plena horizontalidad entre los representantes de cada grupo, lo que no excluye la idea de la formación de ciertas “élites” al interior de cada uno, evidenciado esto respecto a quienes y quienes no participan de la exposición de los planteamientos de cada sector.

Es el segundo punto en particular el cual entabla una diferencia abismal respecto al pasado próximo del partido, lo que establece una notoria evolución en como este se percibe como una colectividad con una serie de capas. A su vez, la idea de las capas como conformación de un grupo mayoritario puede tender a generar una jerarquización respecto a la capacidad de influencia de cada grupo, lo cual queda expreso a la hora de presenciar la inminente avanzada de los grupos provenientes del almeydismo y el retroceso paulatino de los sectores representados como partícipes del “arratismo” y del “ñunismo”.

El oficialismo frente a la política de los consensos.

Durante el gobierno de Patricio Aylwin se busca el establecimiento de acuerdos con sectores de la derecha, ampliamente considerados herederos del legado dictatorial, con la finalidad de conseguir un avance paulatino hacia una nueva realidad política constituida desde la democracia. También existe una intencionalidad por parte del gobierno de la Concertación de evitar la tutela de las Fuerzas Armadas en el proceso, desplazando así algunos de los aspectos de carácter autoritario que la constitución de 1980 legitima. Un ejemplo claro es la capacidad de veto que la derecha ostentaba, toda ley importante para el gobierno de turno debe pasar por un filtro de negociación y conseguir algunos votos de partidarios de derecha, o a su vez de alguno de los senadores designados por Pinochet antes de dejar el poder.⁵³

Bajo esta lógica, la rearticulación de la democracia en Chile tuvo que seguir el camino de crear situaciones que permitieran satisfacer las pretensiones de todos los sectores de la política nacional. Si bien se podía plantear una serie de modificaciones a la estructura que hasta el momento imperaba en el país, si esta no tenía la aprobación del sector derechista, estas no verían la luz, lo que habla de ciertas garantías y ventajas que dicho sector había adquirido a cambio de permitir un libre flujo hacia una nación democrática. Por lo tanto, si “la agenda de los cuatro años de Aylwin es dominada por tres temas: las relaciones civil-militares y los derechos humanos, ambos estrechamente relacionados, y las modificaciones al modelo económico-social dictatorial”⁵⁴, todos los cambios posibles a dichas temáticas transitarían un infértil escenario de dialogo asimétrico con los considerados “partidos de oposición”.

Frente a este escenario la sombra de lo que fue la dictadura asechaba constantemente las decisiones que el gobierno tomaba. Claro ejemplo de esto es el denominado “boinazo” el cual Arrate y Rojas (2003) plantean de la siguiente forma:

⁵³ Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile, pp. 805.

⁵⁴ Idem.

“En 1993, en ocasión de la reapertura de la investigación sobre el mismo caso, conocido como de los “pinocheques”, surge un nuevo acto de insubordinación en el ejército. Será conocido como “boinazo”, en referencia a las boinas negras de los soldados de fuerzas especiales que participan en un nuevo acuartelamiento y rodean el edificio del Ministerio de Defensa, frente a La Moneda. El episodio da lugar a confusas negociaciones y tiene como efecto un retroceso en la política de derechos humanos del gobierno.”
(Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp 806).

La existencia de insubordinaciones por parte del ejército, considerando que se intenta construir una democracia plena, nos presenta una realidad en la que a pesar de verse superado el episodio dictatorial, sus mentes y verdugos aun cuentan con una cuota de representatividad e influencia en materia política. Además, sumado a esto, la constante negativa de las FFAA a la indagatoria de parte del gobierno respecto a temas de la ejecución de violaciones sistemáticas a los derechos humanos.

El PS y la izquierda respecto de las investigaciones sobre DDHH:

En primer lugar, es importante destacar que una vez que Aylwin asume, busca establecer una postura reconciliadora respecto a la materia de derechos humanos⁵⁵, la formación de la “Comisión Rettig” es un claro ejemplo de esto. Arrate y Rojas (2003) exponen mediante la presente cita los pasos que siguió el oficialismo desde su primer día como gobierno pleno:

⁵⁵ Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile, pp. 807.

“Al día siguiente de instalarse en La Moneda dicta los decretos de indulto para “presos políticos” y al mes siguiente envía al Congreso un conjunto de leyes, que serán conocidas como “leyes Cumplido” por el nombre del Ministro de Justicia que las impulsa, Francisco Cumplido, destinadas a modificar diversos textos legales y favorecer el tratamiento de los presos no beneficiados por los decretos de indulto. A fines de abril Aylwin da otro paso decisivo: crea la Comisión de Verdad y Reconciliación o “Comisión Rettig”, llamada así por el nombre del jurista y político radical Raúl Rettig, quien preside un grupo de personalidades de todo el arco político. Entre ellas tendrán participación en los trabajos y en la redacción del informe final el historiador de derecha Gonzalo Vial, el penalista y ex presidente de Amnesty International, el concertacionista José Zalaquett, y el secretario de la Comisión el abogado Jorge Correa Sutil, un DC de perfil progresista.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp 807)”

Ahora bien, el rol de los partidos políticos de izquierda y centroizquierda en la construcción de un interés intrínseco por la resolución de la interrogante que aquejaba tanto a las clases populares como a sus militantes ¿Dónde están? Es por esto que los partidos de este bloque se enfrentan de diferentes formas a la agenda de Aylwin respecto a la problemática de DDHH, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“El PS, el PPD y el PR impulsan una política de justicia en los casos de violaciones a los derechos humanos, no obstante posiciones individuales de algunos de sus

miembros que relativizan esta postura y que son consentidas por las direcciones partidarias. El PC, por su parte, es adalid de esta demanda y apoya las organizaciones de derechos humanos, constituidas sobre la base del empeño de los familiares de las víctimas, que con el repliegue paulatino de la Iglesia Católica y otras iglesias involucradas en el tema, ven incrementada su responsabilidad y la importancia de su vocería. La principal es la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, fundada en los años 1974 y 1975, en plena represión, que preside la militante comunista Sola Sierra, secundada por quien será su sucesora luego de su muerte, Viviana Díaz, hija del dirigente comunista Víctor Díaz, y la dirigente socialista Mireya García, entre otros.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp 806.)

Las luchas sindicales, un remante de un pasado próximo.

El rol que la CUT cobra, en torno a un país con una clase obrera cada vez más abandonada, la cual se adapta paulatinamente a la noción renovada de mercado, es de suma importancia para entender las luchas sindicales en un marco de una política de acuerdos, por ejemplo en temas salariales, condiciones laborales, etc. Al interior del organismo existía una pluralidad política de izquierda notoria, sectores que articulan sus estrategias en base a su ímpetu partidario, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“La CUT es escenario de la confrontación entre socialistas, radicales y demócrata cristianos, más proclives a negociar las políticas gubernativas, y el sindicalismo comunista que progresivamente va adoptando posturas de radical oposición, a ve-

ces apoyados por sectores socialistas. La mayoría concertacionista de la CUT elabora, sin embargo, una cautelosa estrategia de entendimientos básicos con las direcciones empresariales y acuerdos salariales con el Estado, y concuerda modos de convivencia a través de procesos de diálogo y concertación social.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp 811).

A su vez, la CUT “intenta fortalecer el movimiento sindical y librar batallas al nivel de las empresas para mejorar los derechos laborales muy deteriorados durante la dictadura⁵⁶”. Se busca restablecer una serie de condiciones que acrediten la ejecución de labores con un mínimo de seguridad, buscando proteger la integridad del trabajador. A su vez se “subraya entonces la reforma de la legislación laboral sobre contrato de trabajo, negociación colectiva y derechos sindicales, afirma el apoyo al gobierno en materia de crecimiento económico⁵⁷” a su vez, establece la necesidad de entregar “mayor énfasis en el combate a la pobreza, la mejora del salario mínimo, un seguro de desempleo y una educación para el trabajo⁵⁸”.

Aylwin y los cambios al sistema económico dictatorial:

Durante el gobierno de Patricio Aylwin se inician las primeras modificaciones hacia el modelo económico y social que la dictadura instauró mediante la constitución de 1980. Una de las principales modificaciones se entabla desde rearticulación de una “la ley laboral destinada a mejorar la protección del trabajador⁵⁹”, las cuales fueron “aprobadas luego de trabajosas negociaciones con los parlamentarios de derecha, que en muchos aspectos mutilan las

⁵⁶ Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile, pp. 811.

⁵⁷ Idem.

⁵⁸ Idem.

⁵⁹ Idem.

propuestas originales”⁶⁰ Dicha situación se repetirá frente a múltiples proyectos, dado que los parlamentarios de derecha, beneficiada por el sistema electoral binominal y por nueve senadores “designados” por Pinochet antes del término de su gobierno, obligarán al gobierno a negociar si es que desea aprobar sus leyes⁶¹

A pesar de la intención del oficialismo por trastocar las bases económicas dictatoriales, muchas de las instancias que si tenían una relevancia si eran modificadas, no lo fueron, lo cual queda expreso en la siguiente cita:

“En el marco de la política de los consensos, la Concertación deja de lado sus reparos a los procesos privatizadores realizados por la dictadura y nunca emprende una revisión a fondo. Denuncias periodísticas, como las de María Olivia Monckeberg, no tienen eco suficiente o demoran largos años en ser publicadas.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 812).

La negativa del oficialismo hacia la realización de una intervención directa en el proceso de privatización masiva llevado a cabo durante la dictadura nos habla de un legítimo desinterés del mismo respecto de realizar cambios significativos al sistema económico heredado. El proceso de nacionalización de recursos naturales se vio truncado en 1970 y no se ha vuelto a restaurar, dada la inserción del país en el mercado globalizado neoliberal y la influencia de las multinacionales en la economía nacional. Por lo tanto, dado el liberalismo económico extremo que el modelo profesa, la intromisión estatal en asuntos económicos se encuentra restringida, dado que al tener el empresariado la facultad de ejercer sus actividades mercantiles de forma libre y con los únicos límites establecidos en primer lugar por la legalidad de su empresa, y en segundo lugar la existencia de impuestos, este puede llevar a

⁶⁰ Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile, pp. 812

⁶¹Ídem.

cabo sus operaciones sin requerir de un Estado que le permita o acredite su producción e ingresos.

PS y Elecciones de 1998: Una nueva oportunidad de representatividad democrática:

En primer lugar, sería pertinente esclarecer que Ricardo Lagos, militante del Partido por la Democracia (PPD) fue el ganador de la primaria de la Concertación venciendo al candidato de la Democracia Cristiana (DC) Andrés Zaldívar. Si bien, no se trata de un militante (en dicho momento) del PS, Lagos representaba un eje socialdemócrata progresista, justamente lo que el sector renovado del partido había buscado articular desde su formación. Por su parte, el resto de partidos no alineados ni con el bloque concertacionista ni con la derecha, levantaron una serie de candidaturas. En primer lugar, el PC presenta a Gladys Marín como su carta presidencial, por su parte los grupos de carácter ecologista y/o independientes presentaron a Sara Larraín para competir por el cargo, por el contrario y también de forma independiente Arturo Frei Bolívar se presenta como un candidato de derecha. El Partido Humanista presenta a Tomás Hirsch como candidato. El conglomerado de partidos derechistas levanta la candidatura del entonces alcalde de Las Condes, Joaquín Lavín.

La victoria de Lagos forja la esperanza de un avance democrático, un cambio institucional y social ⁶². La derrota de la derecha y el posicionamiento de un candidato de centroizquierda en el poder representan, al menos en las clases populares y sectores medios, un avance hacia un gobierno enfocado a las necesidades de los chilenos. En el ámbito político, la victoria de Lagos, militante histórico de la política izquierdista chilena y parte importante del proceso de renovación del PS en los años ochenta, forja la posibilidad de una reinserción plena y autónoma del partido en la política nacional.

Ahora bien, sería pertinente destacar algunos puntos particulares de las posturas de Lagos referente a sus intenciones como candidato presidencial, las siguientes citas fueron extraí-

⁶² Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile, pp. 837

das de su discurso de inicio de campaña presidencial en Curanilahue, el 20 de septiembre de 1999:

“Por eso estamos aquí. Porque queremos mayor igualdad para todas las regiones de Chile y porque queremos una mayor igualdad entre los chilenos y chilenas. En los últimos años hemos avanzado mucho. Chile es más y mejor que hace diez años. Pero la desigualdad sigue imperando en Chile. En estos meses he recorrido todos los rincones de la patria y he visto los enormes cambios que la democracia ha logrado en todas partes.” (Lagos, R. 1990).

“Pero también he visto la desigualdad en todas partes. Las mujeres tienen más oportunidades que antes, pero tienen menos oportunidades que los hombres y sigue habiendo desigualdades para los jóvenes y para nuestros pensionados. La clase media muchas veces se siente desprotegida frente a los servicios públicos, la justicia, la salud y la educación, a pesar de los avances que hemos logrado.” (Lagos, R. 1990).

“Y las familias de Chile viven en condiciones de enorme desigualdad. Hay desigualdad ciudadana, porque los votos de la derecha valen más que los otros, según el sistema electoral de la dictadura. Tenemos la soberanía recortada porque la Nación no es libre de expresarse. Pese a las políticas respecto de las pequeñas y medianas empresas hay desigualdad para emprender y muchos talentos empresariales

se pierden, sin acceso al financiamiento o la tecnología que requieren”. (Lagos, R. 1990).

“Si bien nuestro producto nacional ha crecido extraordinariamente como resultado de políticas adecuadas y del trabajo de todos los chilenos, la distribución de los frutos del progreso es desigual y las oportunidades de trabajo y de capacitación también son desiguales.” (Lagos, R. 1990).

“Porque, si bien iniciamos por fin la reforma judicial, hay desigualdad en el acceso a la justicia y en los niveles de seguridad ciudadana. Porque si hemos hecho mucho en la defensa del medio ambiente en que vivimos, después de años de culpable descuido por la dictadura, hay desigualdad respecto de la contaminación degradación ambiental, así como en el acceso a la naturaleza de todos los chilenos y chilenas.” (Lagos, R. 1990).

Todos sabemos que la desigualdad está presente en todas partes, pero a algunos no les importa, o es más, la consideran natural. Aquí quiero decir que a nosotros si nos importa, nos importa porque queremos a Chile y el amor son acciones y no buenas razones- Por eso, cuando inicié la campaña de las primarias de la Concertación recordé en Montegrande cómo Gabriela Mistral sentía las injusticias. Y por eso, ahora que inicio la campaña presidencial, me pongo a la sombra de otra mujer de corazón gigante y recuerdo a la Violeta Parra que cantó que Chile limita al cen-

tro de la injusticia. Y quiero decirle a todo Chile que este es el momento de resolver las injusticias. (Lagos, R. 1990).

Tomando los presentes extractos como ejemplo es posible aseverar que Lagos representaba todo aquello que los partidos de centroizquierda buscaban. El afán populista⁶³ que la campaña del candidato del PPD predicaba permitió revitalizar las intencionalidades políticas del bloque izquierdista. Ahora, si bien Lagos no pertenecía al PS, la conquista del poder de un militante histórico y la concentración de partidos de izquierda moderada constituye una continuación de los caracteres heredados desde el gobierno popular. Con esto último, no se busca equiparar ambos acontecimientos, ni mucho menos establecer una verdadera igualdad entre Salvador Allende y el candidato electo en 1999, si no que se intenta presentar una realidad que propuso una visión esperanzadora de la política izquierdista y su participación real en un escenario político reconstituido en condiciones de “democracia”⁶⁴ plena.

El desencanto social con la política: Interpretaciones de intelectuales socialistas

Si bien hasta el momento hemos hablado de una serie de victorias y articulaciones de una nueva democracia, pero a su vez hemos obviado el real interés de algunos sectores de la población. Ejemplos claros son la tendencia a la baja de la participación en base a la tasa de inscritos, Navia (2004) lo expone de la siguiente forma:

⁶³ Entiéndase populismo como el interés de los partidos en las clases populares y no como el modo peyorativo de la palabra.

⁶⁴ La articulación de la democracia durante la década de 1990 y los primeros años del nuevo siglo puede ser considerada de carácter tutelada. Si viene existía la posibilidad de elegir representantes y una libertad ideológica en lo que partidos respecta, las decisiones del oficialismo estaban sujetos a un filtro de apoyo de sectores de derecha. Por lo tanto, hablar de una real democracia, en el sentido contemporáneo de la palabra, es una falacia.

“La participación electoral entre votantes inscritos ha mostrado una tendencia a la baja desde 1988, cuando el 96,6% del padrón se presentó a votar. Naturalmente porque era la primera elección en 15 años y porque aquellos que se inscribieron lo hicieron explícitamente para votar en ese plebiscito, la alta tasa de participación no debería sorprender.” (Navia, P. 2004, pp. 93)

“Lógicamente, la participación electoral de aquellos en el padrón cayó a 92,3% en 1989. En muchos sentidos, esa elección fue una continuación del plebiscito y la ventaja que tempranamente obtuvo Patricio Aylwin en las encuestas transformó dichos comicios en una mera ratificación de los resultados de 1988. Aun así, la tasa de participación cayó solo en un 4% respecto a 1988”. (Navia, P. 2004, pp. 93)

Bajo estas dos citas, se entiende que en los primeros dos años de reinserción al régimen democrático la participación alcanzo un porcentaje muy alto dada la particularidad de ser la primera en años. En segundo lugar, es en 1989, año en que Aylwin es electo presidente, que la participación comienza su declive. A modo de apreciación, es posible considerar las gestiones de dicho periodo gubernamental las que gatillaron la decadencia de la participación dada la percepción social de una incapacidad del nuevo gobierno de tomar medidas reparativas respecto al horror dictatorial que les había azotado. Para los próximos años el autor plantea los siguientes datos:

“La elección municipal de 1992, como generalmente ocurre con contiendas locales, registró una tasa de participación menor que la elección presidencial anterior. El 81,9% del padrón votó en dicha elección. Las presidenciales de 1993 observaron

una leve mejoría (84,3%), pero la tasa de participación volvió a caer para las municipales de 1996 (76,6%). En 1997 se celebraron las primeras elecciones parlamentarias no concurrentes con una elección presidencial. Allí, la participación electoral cayó a un 71,1% de los inscritos. Pero en las presidenciales de 1999, la participación volvió a subir, cuando el 90% del padrón concurrió a las urnas. Las presidenciales de 1999 parecieron tener un efecto chorreo en las municipales del año siguiente, cuando el 86,8% del padrón fue a las urnas a votar por alcaldes y concejales. Esa cifra se mantuvo casi idéntica en las parlamentarias del 2001 (86,6%).” (Navia, P. 2004, pp. 93).

“Ahora bien, no todos aquellos que van a las urnas emiten votos válidos. Aunque sólo 65 mil personas anularon sus votos o votaron en blanco en 1988, esa cifra aumentó al triple en las presidenciales de 1989. Para las municipales de 1992, la votación nula y blanca aumentó a 623 mil votos. El “voto de protesta”, como ha sido incorrectamente catalogado, alcanzó un récord histórico en las parlamentarias de 1997, cuando 1,2 millones de electores optaron por dejar sus votos en blanco o anularlos. Ese año, el 17,8% que fue a las urnas votó en blanco o anuló en la elección para la Cámara de Diputados, alimentando así las reflexiones sobre un aparente malestar o descontento con el sistema político.” (Navia, P. 2004, pp. 93).

Respecto a la articulación del debate respecto al malestar o descontento con el sistema político reflejado en la cantidad de votantes que decidieron ejercer su derecho dejando en blanco sus votos es posible afirmar que existe un real desencanto con las decisiones que los

gobiernos de la Concertación han tomado respecto a la realidad del país. Los ejes fundamentales del regreso de la democracia, al menos desde un punto de vista social, eran el clamor de justicia de un pueblo que vio desvanecida la presencia de miembros de su núcleo familiar, la rearticulación de una realidad laboral con derechos plenos, la construcción de un país alejado de la pobreza y las reformas a la constitución que había excavado en lo profundo de la nación y la había transformado desde sus raíces fortaleciendo a un único sector de la sociedad.

Respecto a lo antes expuesto, tres intelectuales socialistas pertenecientes al antiguo bando renovado plantean sus apreciaciones respecto del fenómeno de desencanto político, los fragmentos han sido extraídos de la obra de Arrate y Rojas (2003) antes citada. El primero de los intelectuales expuestos por los autores es Carlos Altamirano, artífice del movimiento renovado desde la República Democrática de Alemania:

“Carlos Altamirano...no vacila en reconocer que la transición ha dado lugar a una “democracia limitada”: “No nos puede dejar contentos una transición que todavía está tan amarrada a la herencia de la dictadura. ¿Cómo vamos a sentirnos satisfechos con el régimen democrático que hay en Chile, cuando todavía hay senadores designados, cuando el Presidente de la República aún no puede designar a los comandantes en jefe de las FFAA; cuando este sistema electoral del bipartidismo ha sido impuesto? La mayor parte de los chilenos no nos sentimos interpretados, no nos sentimos satisfechos con esta transición ya que es una democracia limitada, con autocensura, con censura, en la cual no se debaten los problemas que nos interesan a todos”. (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 837).

De este extracto es posible extraer nociones sobre la democracia tutelada expuesta con anterioridad, lo que nos presenta una realidad dispar en la que la colectividad electoral no se ve representada. Esto se ve reflejado en los porcentajes antes expuestos y en la cantidad de votos en blanco en alza durante las elecciones siguientes a la de 1989.

El segundo intelectual a analizar por los autores es Jorge Arrate, el cual es de suma importancia puesto que sus postulados representan una corriente al interior del PS. Los autores presentan la siguiente reflexión:

“La dimensión “cultural” es el eje de la reflexión que formula Jorge Arrate que, más allá del éxito electoral de la izquierda concertacionista en la presidencial de 1999, estima que, sobre todo entre los jóvenes, cunde una “cultura de la indiferencia”: “no es posible hacer ni siquiera un balance global positivo en materia de la cultura política prevaleciente. Por el contrario, pareciera consolidarse una creciente indiferencia de amplios sectores por los asuntos públicos, en especial de los jóvenes. Se ha generado también un cierto desencanto, a veces traducido en una fuerte crítica, de un segmento de la población que no considera requisito para la consolidación plena de un régimen democrático la renuncia a referencias ideales que, si bien hoy parecieran no tener el esplendor de antes y requerir reformulaciones, no por eso han perdido su valor. Es más, pudieran recuperar relevancia precisamente para enfrentar el fenómeno de una política de gelatinosa superficie, que funciona cada más como mercado”. (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 838).

La cultura de la indiferencia que plantea Arrate tiene su raíz en el agotamiento precipitado de la figura del sujeto social. La participación de las clases populares en instancias políticas se vio truncada durante los 17 años de dictadura, por lo que la esperanza de una nueva

realidad democrática y el posterior análisis evidenciando sus falencias y el abandono de los partidos populares precisamente de dicha característica refleja una inexistente motivación de participación política entre los ahora, sujetos de mercado.

En tercer y último lugar, los autores exponen las apreciaciones que Tomas Moulian realiza respecto del escenario político del cual el PS decide ser participe:

“Tomás Moulian es enfáticamente crítico de la Concertación y del rol del PS en la etapa. En tiempos en que opta por acompañar la política electoral del PC y, destacadamente, a Gladys Marín, su evaluación es que, por obra de los gobiernos de la Concertación, Chile experimenta un crecimiento de la economía sin un desarrollo social que garantice las dimensiones humanas que son inherentes a las visiones de izquierda: “el viejo concepto de desarrollo se ha perdido, el desarrollo le exigía al crecimiento económico algo más, que hiciera una vida social más vivible. Hoy, tenemos alrededor de 1 millón 500 mil familias, de cerca de 3 millones 200 mil que hay en Chile, que de algún modo están integradas por la vía del sistema crediticio [...] pero lo integra sobre la base de un mayor desequilibrio, de una mayor intensificación del gasto de energía en el trabajo, y lo integra sobre la base de la desmovilización.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 838).

La principal crítica de Moulian radica en la incapacidad de los gobiernos de las Concertación de conectar el crecimiento económico con una agenda social consecuente con los discursos de los candidatos/presidentes. La idea de “vida social más vivible” expone la necesidad de vincular las necesidades sociales con el modelo económico, situación dispar respecto de las bases del neoliberalismo, por lo que poco a poco y de forma indirecta se formula una crítica al propio sistema económico imperante.

Continuando con Moulian, los autores exponen el siguiente extracto respecto a lo que el Partido Socialista representa para el intelectual:

“En tales condiciones, Moulián ve al PS como organización “socialdemócrata”, “abocada a la administración de un capitalismo neoliberal”. Es más, el particular proceso de “renovación” que experimentó lo ha llevado a una “bancarrotta”, ya no gobierna “con un proyecto progresista” sino “de otros”. Determinada su política por un “posibilismo a toda costa” y sin proyecto propio, el PS sale del ámbito de la izquierda y deberá asumirse “sin culpas” como fuerza de “centro”. El núcleo del argumento es el siguiente:

“Se puede aceptar que un período histórico sólo permite cambios estrechos y sin embargo ser parte del gobierno, por buenas razones. Se podría incluso tolerar que un peligro de crisis económica obligara a ciertas concesiones momentáneas. Pero para no perder el rumbo en medio de las vicisitudes de corto plazo, hay que tener la brújula del proyecto, una cierta idea de Chile que el partido propone para realizar, la cual se auto-educa e intenta persuadir a la sociedad. Pero ¿cómo se hace un proyecto si se ha renunciado a tener ideología, un conjunto de proposiciones generales que permitan fundar lo que queremos, sea en afirmaciones de valor o en afirmaciones sobre el sentido de la modernidad o de la felicidad humana?” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 838).

La crítica directa al PS, y de cierta forma es compartida en el presente escrito, es en primer lugar el abandono de sus particularidades para sumarse a una masa política, lo que expone una ausencia de identidad y proyecto político propio. Luego se destaca la actitud participativa del partido, esto entendido como una necesidad del mismo de hacer lo que sea por insertarse en el escenario político, aunque esto signifique actuar en desmedro las clases populares. Finalmente, Moulian cuestiona la capacidad del partido de formar una ideología propia y a su vez la no construcción de un proyecto que permita al partido formar la sociedad que este busca o realza en su discurso.

La CUT al rescate del sujeto social y las particularidades del allendismo

La CUT durante los gobiernos de la Concertación representó el bastión de lucha que los trabajadores y diferentes sectores políticos de izquierda y centro izquierda. El principal partido en tomar como bandera de lucha las necesidades de los trabajadores fue el PC, al menos de mano de la articulación movilizadora de esta. Por su parte, el PS y la Concertación, en particular la DC optaron en dar énfasis a la política de acuerdos empresariales con la finalidad de conseguir mediante la institucionalidad condiciones plenas y justas para la clase obrera.

Arturo Martínez, al igual que Moulian destaca la debilidad de los gobiernos de la Concertación en torno a materia social, particularmente en la solución de problemáticas de tipo laboral lo cual que da expreso mediante la siguiente cita.

“La misma CUT, que se había conformado el año 88, estuvo a punto de quebrarse entre los que querían salir a la calle presionado el gobierno de la Concertación y los otros que decían que había que ayudar a fortalecer esta democracia que era muy débil porque los milicos, los empresarios y la derecha presionaban. Es aquí donde el movimiento social vuelve a realizar un gran gesto a la Concertación polí-

tica, puesto que se la juega para que la democracia se afirmara y no crearle problemas. Y otra vez este gesto no es bien entendido por la Concertación política y pasaron los cuatro años del gobierno de Patricio Aylwin y no logramos resolver adecuadamente ninguno de los temas postergados de los trabajadores. Vino el gobierno de Eduardo Frei y a esa altura el movimiento social se había debilitado mucho [...] los partidos de la Concertación cooptaron a los dirigentes sociales para que no se metieran en el campo de la movilización social” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 838-839).

Lo que Martínez busca esclarecer mediante lo expuesto por los autores es la intencionalidad de los partidos de la Concertación respecto a la política de acuerdos antes mencionada. La persuasión del movimiento de trabajadores hacia la vía institucional revela el interés de dichos partidos por mantener a la masa obrera tranquila mediante acuerdos que en muchos casos no lograron ver la luz. Si bien no se puede negar la constante del dialogo entre trabajadores y empresariado propiciado por la Concertación, la estrategia puesta en práctica no es más que una política engañosa y desleal respecto de lo que los miembros de dicha coalición política predicaban respecto de la necesidad de una realidad nacional justa e igualitaria.

La radicalización del movimiento obrero se ve truncada durante el gobierno de Patricio Aylwin y una vez que Eduardo Frei Ruiz-Tagle conquista el poder, los 6 años de conversaciones propician la debilitación del movimiento. Una vez más, es posible destacar la constante de abandono de políticas propias de la colectividad izquierdista pre dictadura y, por consecuencia la construcción de un escenario que desvincula al trabajador del escenario político y lo desplaza a una realidad donde sus demandas son ignoradas.

El PC como heredero de socialismo allendista: revolución para hoy, democracia para mañana.

En primer lugar, es importante destacar el discurso que el Partido Comunista sostiene en torno al carácter popular de su agenda política. Arrate y Rojas (2003) nuevamente nos entregan un extracto:

“Por su parte, Gladys Marín reflexiona y dice que no nos alegra “el fracaso de la Concertación”, pues redundaría en “hambre y sufrimiento para los sectores populares”, pero el gobierno “ha sido plenamente funcional a la dominación imperial”, ha “profundizado la acumulación capitalista” y preservado el “proyecto de democracia restringida instaurado por la dictadura”. El relato real de la transición es entonces la “crónica de una traición pactada”. La alianza de gobierno, simplemente, no cumplió con ninguna de las promesas de la lucha contra la dictadura: “La Concertación proclamó que la alegría vendría con gobierno para los nuevos tiempos, que promovería el crecimiento con igualdad, en un país donde los frutos del desarrollo beneficiarían a todos los chilenos. En lugar de eso, su pensamiento económico y su práctica política fueron colonizados por las mistificaciones del dogma neoliberal, según el cual es el capital y no el trabajo el que genera valor; el trabajo es una mercancía transable como cualquier otra; el capital transnacional es un agente de desarrollo; el mercado es el único factor de asignación de recursos; el crecimiento es el único mecanismo de redistribución de la riqueza, y los equilibrios macroeconómicos son más importantes que el bienestar de las personas.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 840)

El carácter renovado del PC, dada la crisis política e ideológica acaecida con la caída de la Unión Soviética a inicios de la década de 1990, nos presenta un partido que intenta reconstruir lo antes posible una identidad colectiva. ¿Qué se busca afirmar con esto? El Partido Comunista articula su política pública en la figura de los trabajadores, lo que de cierta forma habla de una tendencia del mismo hacia el rescate del ideario allendista y reconstituirlo mediante el interés del mismo en las clases populares.

La situación responde a una necesidad del mismo de reincorporarse de forma veloz a la política nacional, este lo hace de forma alejada del ideario de la Concertación. Si bien no es posible hablar de un allendismo pleno, dado que la figura clave de este se había extinguido en un pasado próximo, el PC logra constituir una masa popular que se percibe a sí misma como una colectividad. No obstante, el carácter del trabajador chileno inserto en la economía globalizada no es el mismo que aquel sujeto politizado participe de los escenarios sociales y partidarios que gran parte del siglo XX nos demostró.

Ahora, la influencia que el PC tuvo dentro de la CUT y su constante avanzada nos presenta una realidad esperanzadora que prontamente se ve truncada por uno de los mayores errores del partido, el cual es la postergación de la idea de revolución sin atender los posibles logros a conseguir dentro del marco democrático en el cual se encontraba esta vez inserto. Tomas Moulian plantea dicha situación de la siguiente manera:

“Moulian, por ejemplo, apunta también a un PC que, incapaz de comprender los cambios de la sociedad chilena, la cultura “posibilista” y su impacto en la conciencia popular, ha perdido el sentido “histórico-práctico” que definió su política y perspectiva de alcanzar el socialismo por la “vía institucional”. Un PC dice que merece reconocimiento por su recta intención de construir el socialismo, aún hoy, pero que persiste en “invitar a los trabajadores a tareas mesiánicas” y persevera

en una idea de la “revolución” futura que posterga logros democráticos en el presente.” (Arrate, J. Rojas, J. 2003, pp. 840).

Por lo tanto, la articulación de la política comunista, presentando un somero análisis dado que la temática es ajena al objeto de estudio del presente escrito, expone una incapacidad de materializar el discurso por parte del partido. La postergación de metas con la finalidad de acumular miembros en la colectividad denota la intrínseca necesidad del PC de reinsertarse en la política mientras que sus bases paulatinamente se acomodan a una realidad donde su público objetivo ha sido mancillado mediante la construcción del sujeto de mercado. Ahora bien, dando cierta libertad para caer en la subjetividad, la construcción del socialismo pleno por la que aboga el PC, se ve limitada por su incapacidad de conquistar masas electorales.

A modo de conclusión del capítulo sería importante recalcar dos puntos. En primer lugar, el desvanecimiento de la identidad socialista mediante las necesidades propias de cada partido de integrarse nuevamente en el escenario político nacional. Bajo esta idea es posible plantear que la renovación socialista conlleva a una etapa de crisis identitaria e ideológica, la cual fue solventada mediante la construcción de alianzas políticas y de proyectos colectivos entre partidos. Por lo tanto, es posible afirmar que la política de bloques transformo al PS en un colectivo vacío en términos ideológicos, lo cual lo incapacito de construir proyectos propios y, por ende conlleva a un descontento en tanto a la ejecución de políticas públicas trata. En segundo lugar, el abandono total del ideario pre dictadura, propició el escenario político de incapacidades mencionado en el punto anterior. En tercer y último lugar, la construcción de una democracia bajo la tutela de aquello que se buscaba superar vició las relaciones políticas en el bloque izquierdista, por lo que el desencanto político de las masas electorales es una consecuencia directa de la política de consensos iniciada por Aylwin y perpetuada por los tres siguientes gobiernos.

Conclusión.

El presente escrito busca, en primera instancia, establecer una relación entre dos conceptos que si bien existen en instancias diferentes son capaces de generar un lazo intrínseco a la hora de crear una realidad. Los conceptos de política y cultura responden a la necesidad de establecer un ambiente de constante dialogo entre individuos que comparten un espacio físico, el intercambio de ideas forja nociones respecto de la cotidianidad y a su vez constituye la necesidad de los individuos de reconocerse a sí mismos como parte de una organización superior. Es mediante dicha identificación, y a través de las relaciones extra personales, que los individuos construyen una realidad horizontal entre estos y sus pares, lo que explica de cierta forma la creación de una cultura propia de los mismo. La cultura política izquierdista se articula desde la cultura obrera, es decir, el accionar proletario es el vehículo que permite a los partidos marxistas surcar las dificultades que la democracia nacional tutelada por una suerte de oligarquía política propuso durante todo el siglo XX. Por lo tanto, la vinculación de política y cultura se resume en la expresión colectiva de los intereses propios de las clases populares ahora institucionalizada y reacondicionadas a un escenario de lucha electoral.

Es mediante el dialogo entre la política y la identidad colectiva que nacen lo que hoy en día conocemos como partidos políticos. Para efectos de la presente investigación la relación que el concepto de cultura y política pueda establecer permite explicar el fenómeno objeto de estudio del escrito. La constitución del allendismo como corriente política responde a la constante interacción de los partidos políticos de izquierda con el sector de la población reconocido como clase obrera. Sumado a esto, la aparición del denominado anteriormente como catalizador, es decir, la CUT como organización representativa de las demandas sociales de la clase trabajadora las relaciones sociopolíticas se ven reforzadas en el marco de la construcción de un proyecto gubernamental como el construido por Salvador Allende y el PS.

A modo de recapitulación, la concepción del allendismo más allá de lo que puede representar como ideario político responde a la necesidad de generar una propuesta que presente similitudes con las demandas de una mayoría popular.

La masividad que representó la candidatura de Salvador Allende en 1958 , dio paso a la formación de un proyecto que vería la luz doce años después con la victoria del conglomerado de partidos de izquierda conocido como Unión Popular. Durante el transito del poco más de una década que permitió el desarrollo de una masa electoral considerable propició la simbiosis cultural entre los partidos de orden marxista y las clases populares principalmente urbanas.

La figura de Allende como artífice de un proyecto político mayor forjaba confianza en una porción de la población, lo que estableció un interés en los sectores obreros por la política izquierdista y, por consiguiente un mayor nivel de participación de estos en la misma. Es basado en esto que es posible afirmar que sumado el interés social en los partidos y a su vez en el carácter populista⁶⁵ del PS, el carácter cultural del allendismo encuentra su existencia mediante las relaciones que los trabajadores del país establecen con sus sindicatos y como estos se unen paulatinamente al proyecto político en cuestión.

La cultura popular chilena nace de los clamores y necesidades que la clase trabajadora levantó como principal elemento de lucha y es el allendismo el que busca resolver dichas carencias mediante la cercanía directa del conglomerado partidista y del mismo candidato con los miembros de la colectividad proletaria.

El periodo de crisis por el cual el PS y todos los partidos miembros de la UP sufren durante la primera década de dictadura responde a dos situaciones particulares. La primera de ella es el análisis realizado por los intelectuales militantes del mencionado partido, lo que Garratón, Moulian, Arrate y Ampuero sostienen respecto de la experiencia del gobierno popular, independiente de su visión propia como individuos con su respectiva carga subjetiva, es que la percepción tanto de estos como de la mayoría de militantes de los diversos partidos es un rotundo fracaso de la entonces llamada vía chilena al socialismo. No obstante, si bien se habla de una derrota, también se sostiene que existen elementos que pueden ser rescatados de la misma y reacondicionados para una futura rearticulación del partido. No sería pertinente establecer una crítica directa a los dichos y/o escritos de los autores dada la situación por en la que, siendo ellos parte del proceso en cuestión, se encontraban. Pero de

⁶⁵ La utilización del término busca exponer la tendencia política de los partidos por presentar de forma pública interés en las clases populares.

cierta forma las nociones que los autores establecieron como verdades tienden a caer en el fatalismo, lo que iniciada la década de 1980 abrió paso a la necesidad de concretar una renovación ideológica.

El inicio del proceso de renovación del partido y su división posicionaron en la palestra política el pseudo enfrentamiento entre aquellos que buscaban reivindicar los aprendidos durante los mil días de la UP y aquellos que optaban por el abandono del ideario allendista y la identidad marxista para forjar una nueva imagen del partido apegada a la institucionalidad y la democracia como valores básicos del mismo.

La articulación de un PS Renovado responde a la necesidad del mismo de reintegrarse a un escenario político, por lo tanto el abandono del allendismo se justifica mediante la idea de construir algo nuevo para una sociedad nueva. Con esto último se trata de exponer la visión de Hernán Ampuero (2002) respecto de un Chile post terror dictatorial, uno construido como una democracia oligárquica la cual está sostenida bajo la lógica de mercado contenida en el neoliberalismo.

Las condiciones materiales cambiaron durante los diecisiete años de Pinochet en el poder, el acceso a ciertos productos se redujo pero a su vez aumentó la brecha entre las clases populares y el grupo dominante. Si bien la ilusión del progreso permitió transformar las bases de la sociedad chilena, el objetivo del mismo responde a una intención de quebrar la raíz de lo que la avanzada del marxismo en las clases populares. Por lo que proponer una vía socialista en una democracia trastocada vaticinaba un nuevo fracaso para el partido, al menos en la visión de los principales referentes del movimiento renovador. A su vez, el abandono del interés en la clase trabajadora del PS representó una ruptura con la concepción originaria del mismo. La construcción de una democracia plena pasó a ser parte fundamental de los nuevos desafíos a los que la política nacional se enfrentaba. El PS no se queda atrás entregando su apoyo a toda intención del ejecutivo de generar un cambio respecto de lo constituido desde 1980 en adelante en materia constitucional y jurídica, legitimando así la construcción de un escenario ajeno a lo vivido durante las dos décadas pasadas.

Por último, y ya enfocándonos netamente en el último de los capítulos, la rearticulación de la democracia significó un esfuerzo enorme del bloque concertacionista por entregar en primer lugar respuestas respecto de aquellos fenecidos de mano del régimen de Pinochet, y

en segundo lugar, con la necesidad de entregar un escenario laboral digno acorde a las demandas de los movimientos obreros ahora entendidos como sindicales.

Al igual que en tiempos del FRAP, los partidos miembros de la Concertación centraron su atención en las demandas erguidas por la CUT, sin embargo el foco era diferente. La necesidad de contrarrestar las condiciones impuestas con anterioridad al retorno a la democracia en materia laboral era el foco del conglomerado, lo que no significa que se trate de partidos con un interés real en entablar relaciones con dichos movimientos ni mucho menos que sean de carácter obrero.

Respecto a la relevancia del objeto de estudio, plantear una caracterización cultural del allendismo, al menos en su época de esplendor, busca explicar el nexo entre este y las clases populares y de cierta forma dar sentido a la permanencia de su legado a lo largo de los años. Si bien el allendismo sufrió un abandono sistemático ejecutado por miembros del mismo partido que lo vio nacer, su permanencia como una praxis política se vio reforzada durante los años noventa como un elemento más de las luchas sindicales acogidas en ese entonces por el Partido Comunista. Por lo tanto, aseverar una extinción del mismo sería caer en una falacia, más aún si antes del nuevo milenio las soluciones a las demandas de los trabajadores no encontraban una solución factible.

El repensar el allendismo más allá de una tendencia política plantea la necesidad de esgrimir nuevos argumentos que sostengan su calidad de teoría. Si bien no existe una suerte de doctrina allendista la cosmovisión del mismo se sostiene a través de la capacidad discursiva de Allende como orador político, además de contar con cierta documentación escrita como lo es por ejemplo las intenciones de reforzar la Reforma Agraria en el país. A pesar de representar un periodo acotado de la historia republicana de Chile, al día de hoy muchos de los postulados del allendismo representarían una solución o parte de la misma para múltiples problemas que como nación nos aquejan.

Volver a analizar la experiencia de la Unión Popular, sin caer en el revisionismo histórico, arroja nuevas nociones de la misma y de cómo esta fue articulada como una respuesta a un fenómeno aún más grande como lo es la pugna entre el socialismo y el capitalismo a nivel global. Por lo tanto, la invitación a construir relatos desde dicha experiencia siempre debe

ser una constante, más aun para aquellos que profesamos el marxismo como teoría política y social.

Referencias bibliográficas:

Artículos:

Tarcus, H. (2016). Para un programa de estudio sobre los marxismos latinoamericanos. *Memoria: Revista de Crítica Militante*, 257(1).

Zúñiga, E. Á. (2020). *A cincuenta años de la Unidad Popular: el allendismo como teoría política*. *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 265-281).

Cortes Terzi, A. (1988). Salvador Allende y el allendismo posible. *Revista Avances*, 7, 6-34.

Hernández, L. T. (2020). En el centro del Horno Crisol de la Patria: movimiento obrero y allendismo en la construcción de "la vía chilena al socialismo" (1956-1970). En *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 85-101).

Touraine, A. 1981. "El regreso del actor", *Cahiers Internationaux de Sociologie, Nouvelle Série*, Vol. 71, Les Sociologies. Paris.

Sacristán, M. (2014). Antología. Antonio Gramsci. *Conflicto Social*, 7(11). (pp. 15)

Ortiz, M. (2011) "Marco Teórico Conceptual", Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México.

Iturra, J. M. (2020). Allende imaginario (la historia en citroneta). In *Anales de la Universidad de Chile* (No. 18, pp. 139-152). (pp. 142)

Butler, J. (2000). El marxismo y lo meramente cultural. *New left review*, 2, 109-121.

Valenzuela, S. (1995). Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile. *Estudios Públicos*, (58).

Joaquín, F. A. (2015). Allende, el allendismo y los partidos: El Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958. *Izquierdas*, (23).

Avendaño, O. (2017). Reforma agraria y movilización campesina en Chile (1967-1973) y Perú (1969-1976). *Polis (Santiago)*, 16(47), 15-42.

Lapp, N. (2004). *Landing Representation and Land Reform in Latin America Votes*. Nueva York, Estados Unidos: Palgrave MacMillan

Chartier, R. (1994). "Cultura popular": retorno a un concepto historiográfico. *Manuscrits: Revista d'història moderna*, (12), 43-62.

Rojas, M (2017) *La renovación de la izquierda chilena durante la dictadura*, Piso Diez Ediciones, Santiago de Chile

(DEL CAMPO, Esther (1995), *El Partido Socialista chileno: Una larga historia de faccionalismo*, En: LÓPEZ NIETO, Lourdes (1995), *Política faccional y democratización*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Paredes, B. V. (2020). La Organa y la escuela de guerrilla de Chaihuín (1968-1970): Leninización y guevarización del socialismo chileno. *Izquierdas*, (49).

Kenneth Roberts, *Renovation in the Revolution? Dictatorship, Democracy, and Political Change in the Chilean Left*, Working Paper, No. 203, Notre Dame, Helen Kellogg Institute for International Studies, 1994, pp. 1-36}

Perry, M. (2018). Las renovaciones socialistas que no vencieron. *Izquierdas*, (44), 31-57.

Gamboa, R., & Salcedo, R. (2009). El faccionalismo en el Partido Socialista de Chile (1990-2006): características y efectos políticos en sus procesos de toma de decisión. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 29(3), 667-692.

Navia, P. (2004). Participación electoral en Chile, 1988-2001. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 24(1), 81-103.

Libros:

Gramsci, A., & Paggi, L. (1981). *Escritos políticos 1917-1933* (No. 335.4 G3Y 1981).

Salazar, G., & Pinto, J. (1999). *Historia contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. Santiago, Lom Ediciones.

Althusser, L. (1988). *Ideología y aparatos del Estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión

Corvalán, L. (2001). *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*. Santiago: Sudamericana.

Jobet, J. C. (1971). *El Partido Socialista de Chile (Tomo II)*. Santiago de Chile: Ediciones Prensa Latina.

Arrate, J., & Rojas, E. (2003). *Memoria de la izquierda chilena (Vol. 2)*. Santiago: Javier Vergara Editor.

Arrate, J., & Rojas, J. (2003) “*Memoria de la Izquierda chilena. (1850–2000)*”. Grupo Zeta, Santiago de Chile.

Amorós, M. (2014). *Allende. La biografía*. B de Books.

Salinas, M. “*Clotario Blest*”, 1980, Editorial Ilustrada, Santiago de Chile.

- Altamirano, C. (1977). *Dialéctica de una derrota*. Siglo Veintiuno Editores.
- Ampuero, R. (2002). El socialismo chileno. *Santiago: Ediciones Tierra Mía*.
- Arrate, J. (1989) “*Razón y pasión del socialismo chileno*”. Ediciones del Ornitorrinco, Santiago de Chile.
- Escalona, C. (1999). *Una transición de dos caras: Crónica crítica y autocrítica*. Lom Ediciones.
- Ortiz, E. 2007 “*El socialismo chileno desde Allende a Bachelet (1973-2005)*”, Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, pp. 365.

Discursos y documentos:

- Bourdieu, P., Passeron, J. C., & de Saint Martin, M. (1996). *Academic discourse: Linguistic misunderstanding and professorial power*. Stanford University Press.
- Declaración de Principios del MIR, 1965
- Allende, S. 1970, Fundación de la UP.
- Allende, S. 1970, Discurso desde la FECH.
- Allende, S. 1970, Estadio Nacional.
- Banco Central, Boletín Mensual N°s 274,358 y 423.
- Allende, S “*Perspectivas de la Reforma Agraria*”, 1972, Editorial Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile.
- Orgánica de la CUT, febrero de 1953.
- Declaración de Principios del PSCh*, En: *Revista Consigna* N° 1. AISA. Pág. 1.
- Lagos, R. 1999, Inicio de campaña presidencial en Curanilahue.